

V e r s i o n e s
r e v i s t a d e e s t u d i a n t e s d e
f i l o s o f í a

i s s n 1 7 9 4 - 1 2 7 X

D i c i e m b r e d e 2 0 0 8

DIRECTOR

ANDRÉS ESTEBAN BUILES SÁNCHEZ

EDITORES

DANIEL RUIZ SIERRA
CAROLINA VILLADA CASTRO

DIAGRAMACIÓN

ANDRÉS ESTEBAN BUILES SÁNCHEZ

DISEÑO DE CARÁTULA

JUAN PABLO MURILLO URREGO

IMAGEN DE CARÁTULA

RIÑA DE GALLOS. TERESA DE LA CRUZ TOBÓN. GRABADO, 22x47 CM,
1967.

VERSIONES. REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA ES UNA PUBLICACIÓN SEMESTRAL EDITADA POR ESTUDIANTES DEL INSTITUTO DE FILOSOFÍA DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA. SU INTERÉS ES DIVULGAR Y ESTIMULAR EL TRABAJO INVESTIGATIVO DE LOS ESTUDIANTES INQUIETOS POR LA REFLEXIÓN FILOSÓFICA, A LA VEZ QUE PROPICIAR UN MAYOR CONOCIMIENTO DE LOS DIFERENTES MIEMBROS DE LA COMUNIDAD ACADÉMICA NACIONAL. LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN ELLA ESTÁN DIRIGIDOS A ESTUDIANTES, PROFESORES E INVESTIGADORES AFINES A LAS DIFERENTES ÁREAS DE LA FILOSOFÍA, ASÍ COMO A LAS PERSONAS QUE SE INTERESEN DE MODO PARTICULAR POR LAS MISMAS.

©INSTITUTO DE FILOSOFÍA – UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

ISSN 1794 – 127X

PRECIO DE VENTA: \$6.000 (COL..)

TAMAÑO: 17 x 24 CM

VERSIONES, REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA

A.A 1226. MEDELLÍN. COLOMBIA

FAX: 57 (4) 2195681 – TELÉFONO: 57 (4) 2195680

VERSIONES@QUIMBAYA.UDEA.EDU.CO

HTTP://REVISTAVERSIONES.UDEA.EDU.CO

SEPARATA LITERARIA
VERSIONES

REVISTA DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA
ISSN 1794-127X
INSTITUTO DE FILOSOFÍA
UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

CUENTOS

IGNACIO JAVIER BEETAR

- 7.....KID BURULU NUNCA CONOCIÓ A SMOKIN'JOE
11.....QUIERO COMPRAR ESE APARATO

DAVID ALEJANDRO BETANCOURT

- 15.....CAMINAN LAS COSAS DE LA CASA
21.....LA SUERTE DE LOMO
24.....SUERTE, CARDONA

MÓNICA ISLENA DÍAZ

- 27.....TODO SE LLAMA DE ALGUNA MANERA

JHON JAIRO JÁCOME

- 33.....SALIVA DIVINA

EDUARDO MARTÍNEZ

- 37.....LO MISMO

NELSON DE JESÚS RENDÓN

- 40.....UN RELÁMPAGO DE VIENTO

JUAN CAMILO RESTREPO

- 52.....DERECHO DE NO SABER

DANIEL RUIZ SIERRA

- 54.....MONSTRUM HORRENDUM

AYMER WALDIR

63.....VENDEDOR AMBULANTE

POEMAS

IGNACIO JAVIER BEETAR

67.....APRENDIZAJE

69.....ESTOS SON LOS DÍAS QUE ME HAN TOCADO

71.....HOY ENCENDÍ EL TELEVISOR Y TODO CUANTO VI

73.....ES UN BUEN EJERCICIO ÉSTE DE MIRAR EL CIELORRASO

JUAN FELIPE CANO

75.....PALABRAS QUE EN OTRO TIEMPO

76.....PAUL CELAN

JUAN ESTEBAN LONDOÑO

78.....PACHAKUTI: EL DEVENIR DEL TIEMPO NUEVO.

RE-LECTURA ISAÍAS 11: 1-16

A PARTIR DE LOS PUEBLOS DESARRAIGADOS

EDUARDO MARTÍNEZ

82.....AL AZAR

85.....PRELUDIO INSUFICIENTE

MIGUEL MATILLA

86.....MANIFESTACIÓN

JULIÁN CAMILO OSPINA

87.....FRAGMENTO DE ALGUNA CANCIÓN DEL EGO

89.....HOY EN EL AMARILLO DOMINGO QUE ES MI VIDA

DANIEL RUIZ SIERRA

91.....DIOSES

92.....EL PAÍS DEL DECIR

94.....FANTASÍA

95.....QUERIDO LOBO

PRESENTACIÓN

el deber del poeta, del escritor... su privilegio consiste en la ayuda que puede prestar al hombre para que perdure, aupando su corazón y recordándole qué son el valor, el honor, la esperanza, la dignidad, la compasión, la piedad. La voz del poeta no tiene por qué ser un simple testimonio del hombre, sino que puede constituir también uno de los puntales que le ayuden a sostenerse y a prevalecer¹

La revista *Versiones* que en esta ocasión entrega, con motivo de la celebración de sus cinco años de existencia, su primera separata literaria, se ha venido convirtiendo en un espacio de intercambio de ideas y de discusión, donde la palabra cobra importancia en la escritura, y por ella este nuevo espacio se abre y esperamos continúe abierto. *Versiones* buscando consolidarse como medio de publicación de los estudiantes del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, decide abrir un espacio donde las ideas ya no se intercambiarán mediante artículos, notas, en fin, textos de carácter filosófico, sino desde el lenguaje del cuento y la poesía, dando así lugar a la creciente producción literaria de nuestros estudiantes, sin dejar de acoger trabajos provenientes de otras instituciones. Que esta nueva empresa de *Versiones*, contribuya a que la investigación y la consideración honda de los problemas que nos atañen, se fortalezca y multiplique a través de los diversos lenguajes que nos permiten adelantarla.

Después de una cuidadosa selección llevada a cabo por reconocidos poetas y narradores de nuestro medio, veintiséis de los ciento cuatro textos recibidos en la convocatoria, conforman el índice de esta separata. En la sección de cuentos encontramos los trabajos de: Ignacio Javier Beetar, Mónica Islena Díaz, Eduardo Martínez, Juan Camilo Restrepo y Daniel Ruiz, estudiantes del Instituto, así como las contribuciones de: David Alejandro Betancourt, estudiante de Letras y Filología de la

¹ Faulkner, William, "Discurso al recibir el premio Nobel" (1949), en: *Obras escogidas de William Faulkner*, Aguilar, s.c., s.f., p.33-34.

Universidad de Antioquia y John Jairo Jácome, estudiante de filosofía de la Pontificia Universidad Javeriana. Completan esta sección, y nos honran al hacerlo, Nelson de Jesús Rendón, Magister en literatura colombiana de la Universidad de Antioquia y Aymer Waldir, Estadístico de la Universidad de Medellín, quien ya ha publicado numerosas obras haciéndose merecedor de varias distinciones a nivel nacional e internacional. La sección de poemas la abren cuatro poemas de Ignacio Javier Beetar, seguidos por los poemas de Juan Felipe Cano, Juan Esteban Londoño, Eduardo Martínez, Julián Camilo Ospina y Daniel Ruiz, todos estudiantes del Instituto. También hace parte de esta sección el poema “Manifestación” del profesor de la Universidad Politécnica de Madrid, Miguel Matilla, quien quiso unirse a nuestro esfuerzo desde allende los mares. Los temas tratados son diversos y los estilos variopintos, conformando un volumen que con certeza dará al lector al menos una ocasión de reflexión y solaz. Y si la fortuna nos fuese propicia, también una manera de sobreponerse al “miedo universal por el cual ya no cuentan los problemas del espíritu, sino la cruda pregunta: ¿cuándo me tocará saltar hecho trizas?”² y confiar en que el hombre prevalecerá.

Finalmente quisiera agradecer a todas las personas que hicieron posible esta separata: a todos los que enviaron sus contribuciones sin importar si fueron aceptadas o no, al director de la revista, Andrés Builes, por haber tenido la iniciativa de llevar a cabo esta empresa, a los narradores y poetas, profesores de nuestra universidad que tan generosa y cuidadosamente evaluaron los textos, al profesor Carlos Vásquez, director del Instituto por su apoyo e interés en esta publicación, a Luz Stella Angarita Palencia y Camilo Alfonso Aguilar García, a quienes dedico mis esfuerzos en la edición de estas páginas así como los textos de mi autoría que en ellas publico, por iniciarme en estos caminos de la literatura, y en general a todas las personas que de una u otra forma incidieron para que esta separata llegara a las manos del lector.

Daniel Ruiz Sierra
Editor

² *Ibid.*

CUENTOS

KID BURULÚ NUNCA CONOCIÓ A SMOKIN' JOE

Ignacio Javier Beetar

a Tomás, el tiburón de Marbella

Primero lo primero

¿Cuántas veces has tenido que lidiar con un escritor que hable de boxeo? ¿O uno que te diga que Gillespie es un ángel ardiendo en llamas con la trompeta del juicio final borboteándole en los labios? ¿U otro que esté dispuesto a hacerte creer que Verdi es lo mejor para el relax o para educar el oído?

Voy a hablarte de alguien que no fue ni trompetista de jazz ni conecedor de música clásica, pero que en cambio se las llevó de lo mejor con la mala suerte. Voy a hablarte de Kid Burulú y su insospechada capacidad para atrapar la mayor cantidad de inconveniencias.

Kid Burulú tiene ochenta y dos años. Hace cincuenta fue una Hermosa máquina retenedora de golpes. Hace treinta fue El vigilante del mar *alias* El huracán marino *alias* El tiburón de marbella.

Kid Burulú cuenta sesenta peleas dentro del cuadrilátero —cincuenta y cinco de ellas perdidas por Knock Out—. Diecisiete enfrentadas en la calle —quince de ellas perdidas a falta de un buen cuchillo—.

En esta esquina, con peso de ciento noventa y cinco kilos, con diez derrotas en su contra y dos empates en décimo y octavo asalto respectivamente, Tomás "Kid Burulú" Navarro.

*En esta otra... con una eternidad de vida y muerte, con más de cien millones de víctimas, todas vencidas por Knock Out técnico, y con una larga lista durante el resto de la eternidad, El destino *alias* El fin *alias* Lo mejor y peor de todo.*

Primer asalto

Lo mejor sería llevarle unas flores y llegar por lo menos diez minutos antes que ella pa' que vea cuánto me importa. No puedo dejarme ver las manos tanto tiempo, porque si no, se da cuenta que soy burdo. Aunque a lo mejor ni le importa cómo tenga las manos. Si no le prestó atención a cómo estaba vestido la primera vez en el café, pues menos le va a prestar atención ahora a mis manos. Ya viene. Me veo bien, no tengo la camisa ajada. Ella es linda. Rubia, ojos verdes, piernas gruesas, un poco bajita pa' mí pero no importa. Quién iba a creer que yo tan negro... Nos vamos a ver raros andando juntos en la calle.

Primero lo segundo

Era prácticamente imposible que Joe Frazier conociera a Tomás Navarro. Diferentes eran, y de forma considerable. El viejo Joe conocía la victoria, las buenas y malas mujeres, el poder, la gloria y el dinero, porque hubo mucho dinero de por medio. Muhammad Alí daba puños como un albañil da pico y pala al concreto. Frazier aguantó tanto o más que el concreto (una cara, un par de puños y un cerebro de concreto). Alí daba duro pero no lo suficiente como para darle un porrazo fulminante. Si Alí hubiera conocido a Kid Burulú habría aprendido a revolcarse en su propia mierda sin tener que lidiar con el Mal de Parkinson, y así cuando la enfermedad llegara no sería nada del otro mundo, una simple derrota entre tantas otras, una nueva forma de reírse de su fortuna, y entonces todas sus cuentas estarían saldadas; pero no, Alí luchó con Joe. El viejo Smokin' Joe que se había vuelto una ráfaga de corto alcance. La culpa era de las victorias. Si te vuelves un hacedor de victorias corres el riesgo de perder agallas y buen tiro.

Segundo asalto

—Mira, no tenemos que casarnos necesariamente.

—Yo quiero, Tomás. No diga pendejadas.

—Bueno, está bien. Pero no quiero problemas con tu familia.

—¡Ay Tomasito! ¡Problemas es lo que vamos a tener con mi familia! Pero ¿sabe qué? Me importa un carajo.

—A mí me importa mucho. No quiero que más adelante me culpes de lo que no podamos tener. Tú sabes lo que soy.

—Lo que es, no. Lo que usted era, porque ahora va a cambiar. Va a conseguir un trabajo de verdad.

—¡Yo sólo sé boxear!

—No diga guevonadas. Usted no sabe boxear. Lo que usted aprendió fue a aguantar golpes.

—Pues sí. ¡Y *papa* me enseñó bien!

—¡Qué le va a enseñar nada ese cretino! Y se dice papá. Aprenda a hablar.

Cuando dejaste de boxear te dedicaste a nadar todos los días del año. Llegabas a Marbella, tiburón. Tu fuerza era doble y hasta triple dentro del agua. Has debido ser un guerrero del agua. Un tiburón negro que caza bajo el agua. Ya me hubiera gustado ver a cualquiera de tus contrincantes peleando contigo en el mar. Ya los hubiera querido ver lanzarte un recto o un gancho dentro del agua. Ahora serías el campeón mundial de boxeo acuático.

Pero no, tiburón. Así todo sería distinto. Probablemente no tendrías nada de güevos. Ganarlas todas es perderlas todas a fin de cuentas. No hay nada más patético que vivir de glorias pasadas.

Cómo me hubiera gustado que supieras quién fue Smokin' Joe. Aunque más me habría gustado que él supiera quién fue Kid Burulú hace cincuenta años. Que supiera cómo reventaban tu cara en las mallas de un ring en Cartagena de Indias mientras él crecía tomando leche y comiendo enlatados en Carolina del sur.

Lo último de primero

Sólo puedo imaginarme un ring de ocho esquinas. Uno enorme con la plaza llena, vociferando palabrotas. Eras y siempre has sido un duro, tiburón. Siempre has estado un paso delante de tus rivales. Ya

sabes, tu ventaja está en las derrotas. Después de algo como eso no hay nada de qué arrepentirse; no hay razón alguna para echar una mirada atrás.

Tercer asalto (K.O.)

—Vine por la entrevista. A preguntarte lo del boxeo. ¿Por qué no seguiste?

—Aida no quería.

—Pero dejaste a Aida. Quedaste libre en menos de ocho meses.

—Sí, sí... Esa fue la pelea que más me duró. Salí vencedor.

(Me levanté y fui hasta la sala de su casa. Prendí la grabadora y puse uno de los CD's que traía en el bolso).

—Se oye bonito.

—¿Te gusta, tiburón?

—Hace rato no me llaman así.

—Es Jazz, tiburón. Mientras tú boxeabas, muchos escuchaban esta música en Estados Unidos y otras partes del mundo.

—Lo del boxeo... Fue hace más de cincuenta años. No era bueno pa' eso.

—Fuiste bueno. Fuiste Kid Burulú. El único peleador de Cartagena de Indias capaz de aguantar cualquier cantidad de golpes hasta el último round.

Tiburón nunca pudo boxear con Smokin' Joe. A tiburón le hubiese gustado conocer al tal Joe en sus días dorados. No creo que a Joe le importara mucho saber quién fue el tal Burulú. Para qué darle tanta lata a un tipejo cuya única fortuna fue hacerse resistente a los puños.

Para Kid Burulú perder o ganar estaba en un segundo plano. Lo único importante era poder aguantar cualquier cantidad de golpes. Si un hombre puede hacer eso, es capaz de casi cualquier cosa.

—Entonces, tiburón, ¿te gusta esa música?

—La verdad, no. Es como muy loca pa' mi gusto.

QUIERO COMPRAR ESE APARATO

Ignacio Javier Beetar

“Sursix televentas ha traído la última maravilla. Sin esfuerzos, sin dietas, sin contraindicaciones, y a muy bajo costo. Les ofrecemos el COMPLET BODY, lo último en tratamiento para adelgazar, para eliminar esos gorditos demás, para mantenerse en forma sin necesidad de tanto ejercicio.

—Buenas noches (Deja el maletín de cuero sobre el comedor y se desabotona la camisa).

y puede utilizarlo en casa, en el trabajo, en los ratos libres, porque PERFECT BODY se ajusta fácilmente al cuerpo. Lo único que debe hacer es colocarse el chaleco en las mañanas después de bañarse, y tomarse las tres píldoras suplementarias (la roja antes de desayunar

—Te estaba esperando (le dice sin quitar los ojos del televisor).

la verde después del almuer

—¿Qué pasa? (la mira con indiferencia).

Las píldoras empezarán el proceso dentro de su organismo mientras usted realiza sus actividades diarias. —sin complicaciones, ni dietas, y a muy bajo costo—.

—Vinieron los tipos del banco (le dice mientras se rasca el dedo gordo del pie derecho).

El Dr. Eugenio Benavides, médico cirujano, especialista en estética puede dar fe de ello.

Separata literaria

—¿Y? (hace un esfuerzo inmenso por no vomitarle encima. Piensa en lavarse la boca o tomar un poco de jugo de limón antes de ir a comer).

“Hola, soy el Dr. Eugenio Benavides, y recomiendo la utilización de PERFECT BODY para tratar los problemas de obes

—Dicen que tienes tres cuotas atrasadas (suelta el dedo del pie y se huele la mano distraídamente)

mantenerse en forma e incluso para acabar con los problemas de celulitis y varices”. Pero eso no es todo: ¡hay más!

—¡Putra madre! (lo dice sin quitar los ojos del rostro de su mujer)

Si usted lleva el PERFECT BODY ahora le ofrecemos completamente gratis un DVD tutorial sobre

—¿Me inscribiste en el gimnasio? Quiero comprar ese aparato. Mira lo que dicen. La gente que lo usa se ve bastante bien. (Levanta un poco las nalgas. Se tira un pedo).

Y todavía más: si usted llama en los próximos diez minutos obtendrá completamente gratis EL KIT DE LA TOLERANCIA Y EL TRIUNFO

—No digas pendejadas. Vas a ir al gimnasio. No voy a gastar plata en tonterías que vas a archivar en el clóset. (Tiene hambre, pero después de oler el pedo de su mujer se arrepiente).

Aprenda a manejar situaciones insoportables, a tener buena cara en las adversi

—¡Tú crees que soy una estúpida que no puede tomarse nada en serio!

a pensar positivo y ser un ejemplo para sus amigos y compañ

—No pongas palabras en mi boca. (Agarra el cenicero que está sobre el comedor. Lo aprieta con fuerza. Respira lentamente y lo vuelve a poner en su sitio).

PERFECT BODY: la mejor forma de acabar con sus problemas de obesidad, celulitis, varices

—¡En fin! Como te dije, estaba esperándote. Siéntate. Tenemos que hablar.

los precios son para morirse

—¿De qué? (En realidad le importa un pepino. Pregunta sólo porque

no soporta que ella tenga la última palabra).

me sin costo al 1-800 56

—Tú sabes...

precio que jamás imaginará

—No sé de qué carajos hablas (mira el reloj de pared que está encima del televisor. El hambre es atroz. Ruega que ella vaya a dormirse ya. Es lo que hace después de cada discusión).

sólo por televisión.

—Sabes bien dónde estaba ayer.

que necesita ahora...

—¿Qué dices? (lo sabe pero le importa un bledo. Decir que sí sería darle cuerda a la discusión, y eso implicaría acostarse sin comer).

Quiere algo veloz

—¡Entiendes perfectamente lo que digo!

salir de la rutina

—¿Por qué no me lo aclaras? (Ha metido la pata; pero ya no puede hacer nada. Aunque si no le hubiera preguntado, quizá habría sido peor).

Un PEGOUTE es lo que necesita.

—Aclarar qué. Que ya ni siquiera nos soportamos. Que tienes a alguien siguiéndome los pasos cada vez que salgo a la calle. ¡Que tengo un amante!

lo mejor para el dolor de cabeza

—Así que se trata de eso. (Sonríe. Aún le parece imposible que la misma mujer que se la pasa toda la mañana en rulos y tirándose pedos pueda estar engañándolo).

las cosas que nunca imaginaste

—Me dedico a la limpieza de la casa toda la mañana. Y cuando vienes en la noche no abres la boca. No dices qué te pareció la comida. O qué tal el nuevo sitio donde puse los muebles. A propósito, necesito plata. Marta celebra su baby shower el jueves y no tengo qué ponerme.

LA MUÑECA. La pasta de la familia colombiana

—(Claro, como si yo fuera una máquina de hacer billetes...) ¡supongo que me la paso jugando hasta tarde! Sí, eso debe ser. ¡Es que los revisores fiscales se dedican a jugar Twister en las empresas de ocho de la

Separata literaria

mañana a diez de la noche! Ah, y sí, sé que te ves con alguien. ¡Pero no te dije nada porque quería ver hasta dónde ibas a llegar con todo eso! ¡Las fotos que te tomaron con tu Romeo las acabo de tirar a la basura! ¡Por si te interesa rescatar el momento kodak!

(sus llamadas con el 05 de Orbitel)

—Esas fotos puedes perfectamente metértelas por el culo. Al fin y al cabo fuiste tú quien pagó por ellas. (Busca desesperadamente el control remoto).

de encima con DOLORÁN...

—¿Por qué no le dices al imbécil ése que te regale un vestido para el baby shower?

Para alguien como usted

—¿No te importa que tenga un amante? ¡Dios mío! Qué clase de mierda eres.

... de una gran ventaja para el ejecutivo de hoy

—La mejor mierda que vas a tener en toda tu vida.

como un COMPAQ PRESARIO

—¡Si no te importa nada de lo que haga por qué no te largas y me dejas en paz! ¡No merezco esto!

sanos y fuertes con leche ALPINA

—Esas palabras deberían ser mías. Y por favor, bájale a eso. Un vecino me detuvo antes de entrar. Dice que ese puto aparato se oye en toda la cuadra.



CAMINAN LAS COSAS DE LA CASA

David Alejandro Betancourt

A ese lugar, un pueblo al norte de Medellín donde las piñas pululan tanto como las lenguas chismosas y los analfabetos, llegué hace unos años en busca de la tranquilidad que me negaba la ciudad. La tuve durante pocos días; pocos días la tuve antes de mi regreso.

El olor a verde en las mañanas me contentaba, también lo hacían los pajaritos cantando sus canciones dulces y los buenos hombres de cachetes rojos que me decían patrón. Era un paraíso mi vivir: tenía mis más queridos libros acompañándome, mi máquina de escribir, los tabacos que gustaban mis antojos y unas fuertes piernas que llevaban mi cuerpo sin remilgo alguno por las tierras de mi padre.

Mi padre, a diferencia mía, siempre fue del campo. Sabía de animales, de plantas y de abrir los ojos antes de que lo hiciera el sol para salir a trabajar. Fue viejo, su vida toda lo fue. Sus manos eran grandes como pulpos, su cara ruda y seca, su cuerpo usado, su genio fuerte. Soy su copia, sus genes, soy él; por eso me dicen patrón y en cantidades me respetan.

Mi intención, cuando llegué al pueblo, era descansar, cambiar el agite por la tranquilidad, encontrarme conmigo, respirar buen aire y escribir las historias que en mi mente estaban. Planeadas tenía dos novelas, muchos cuentos ideados tenía. Escribí, hartó que lo hice.

Pasaron los días como balas y el viejo ciudadano que llevo dentro, me obligó a emplearme para matar el tedio de la soledad, el silencio, la monotonía... Volví a ser, como en la ciudad, profesor de todo. Enseñaba a los campesinos viejos iletrados del pueblo a leer y a escribir, cuestiones básicas de ciencias exactas y castellano. Aprendieron de mí lo que en las ciudades se aprende; aprendí de ellos lo que en el monte es sabido.

Fue difícil hacerles entender que *aiga* es haya mal dicho, que bastante no es mucho sino suficiente, que *dotor* tiene una “c” entre vocal y consonante, que vaca no se escribe con “b” de burros, que limosnero no es el que recibe sino el que da, que “oiga ese olor”...

Para mí, laborioso también fue creer sus historias de brujas y escobas, de hechiceros malignos, de duendes... “Esas cosas no existen”, repetía hasta el cansancio. “*Tacher*, sí existen”, me decían los nada gringos. “Las brujas aparecen en la noche y le hacen las delicias del amor, los duendes saben de sumas y español, joder saben”.

Eso de ser escéptico nada que me gusta. Uno es incrédulo de puertas para fuera, uno vive de jactancias de ser valiente, de no creer en seres extraterrestres, pero a la hora de dormir el miedo abraza más fuerte que un oso. Las brujas se aparecen en los sueños y la mente crea monstruos que asustan tanto como la sensación de quedarse solo. Ser escéptico no me agrada, pero la ciencia y la ciudad me enseñaron a serlo. De vez en cuando en las noches creo en esos seres extraños que habitan el campo, y en el día creo que soy un pendejo por creer en lo que creer no debo.

Mi escritura avanzaba a medida que los días pasaban. Me fui volviendo popular por mi oficio de *profesoramigo*. Las lenguas chismosas sobre mí no decían, y las mujeres, jugosas como naranjas, me veían como galán de cine. Las enamoraba mi olor a ciudad, mis conocimientos sobre libros, mi sonrisa blanca y mi gruesa voz de conquistador de pueblo.

Tuve a muchas visitando la tapera donde vivía. Les enseñé de placeres, de roces, de besos, de cuerpos siameses sudorosos. Tuve lo que la falta de compañía urge y ellas el acompañante que buscaban. Fueron días de diversiones y muchas las mujeres en mi cama.

Extraño fue para mí que las amantes desconocidas que me visitaban en el día comenzaran a hacerlo en las noches. Era un invierno oscuro, llovían mujeres frías arrojando mis hormonas ardientes y desesperadas. Extraño era también ver los frijoles revueltos con el maíz en la cocina, mis calzones metidos como medias dentro de las botas, las hojas que escribía en la papelera del baño. Era raro ver que las cosas cambiaban de lugar así como así. Recordé lo que uno de mis estudiantes me dijo: “Las brujas aparecen en la noche y le hacen las delicias del amor, los duendes saben de sumas y español, joder saben”.

No, “esas cosas no existen”, dije para mis adentros y me acosté a dormir con el miedo abrazándome tan fuerte, que al despertar al otro día me supe menos escéptico. Dicté la clase acostumbrada y me fui a casa de nuevo, despacio esperando encontrar una mala noticia.

Como si fuera el peor de los amantes, las mujeres que a mi encuentro en las noches iban no lo volvieron a hacer. Se esfumaron como brujas en escobas, y mi ego de gran macho no se afectó, al contrario, sentí la paz dentro de mí. Se fueron ellas, pero los objetos que habitaban la casucha se siguieron moviendo como si tuvieran piernas, como si hormigas los transportaran a lugares distintos a los suyos. Lo de la nevera fue a parar al closet y lo del closet a la nevera.

Cuando de Medellín me fui a esas tierras de piña y sol, de hombres bonachones, de charcos, animales y demás, lo hice en busca de la tranquilidad que el campo otorga. Por esos días alguien quería hacer de mi paraíso el peor de los infiernos, y lo estaba consiguiendo.

“Segurito que es un desgraciado duende”, me decía Horacio. “Son canzones como una rasquiña, no dejan de fregar la vida hasta no ver salir despavorido al que molestan”. “Pero... pero..., cómo creer en duendes a estas alturas de la vida”, pensé. No respondí; no sabía en qué creía ya.

Intenté ignorar que me estaban sucediendo cosas extrañas, pero era tan difícil hacerlo como el que pretende ignorar que sufre una enfermedad letal. Me desesperaba hallar en las ollas de la cocina tierra de las materas, y rabia me daba, harta que me daba, secarme después del baño con las camisas a falta de las toallas que a parar habían ido a los cables de la luz.

El actuar del duende o del que fuera, me hizo tomar una decisión que comenté a Horacio luego de terminada la clase. “Me voy para la ciudad, ese *maldingo* que fastidia mi existir me está enloqueciendo”. “¿Y nosotros qué?”, me preguntó, “Sin usted vamos a seguir siendo los mismos burros de siempre. No se vaya. Hoy le saco ese *duenducho* de su casa”.

Fuimos para allá.

En el camino le comenté que había terminado mi novela, la primera de las dos. “De qué trata”, inquirió. Le dije que de un señor que dejó sus tierras queridas porque un hombrecillo pequeño, con zapatos rojos y curvados hacia arriba, con una figura extraña, un vestido de colores pegado a su piel y un manto rojo colgado a su espalda, lo molestó tanto que prefirió huir y dejar lo suyo que aguantárselo fastidiando. “¿Un duende?”, preguntó Horacio. “No, era el vecino que lo detestaba”. Le dije. “¿No pues que era un hombrecillo pequeño?”, volvió a preguntar. “Vea Horacio, al personaje de la novela le pasó lo mismo que a mí, de tanto escuchar de los otros sobre duendes y ver que las cosas de su casa caminaban, terminó por creer que era un duende”. “¿Y cómo termina el libro?”, preguntó sonriente. “El viejo, cansado, mortificado, regresa a Medellín y el vecino se apodera de la casa”, le dije. “¡*Tacher*, entonces el libro es una bibliografía de vida!”, afirmó intentando sorprenderme. “Una bi-o-gra-fí-a”, le fui diciendo despacio mientras su cara enrojecía.

Llegamos allanando la casa, veloces los ojos miraron cualquier rincón en busca del hombrecillo que no hallamos. No había estragos como siempre, todo estaba en su lugar. Cuando Horacio se hubo ido, pensé en el día de mi regreso a Medellín y me acosté a soñar, repitiendo despacio: “quince días y no más, quince días y no más, quince días y no más...”

Al despertar me asecé con agua fría como siempre y sequé mi cuerpo ajado con la camisa que fingía ser toalla. Me tomé un café amargo como mis días, me vestí... Antes de partir al antro que simulaba ser escuela, miré los objetos de la casa, y curioso los hurgué buscando patitas diminutas; sabía que caminarían en mi ausencia.

De camino a la escuela estaba al tanto de que los estudiantes me suplicarían no dejarlos. Me dirían que eran tonterías mis motivos para irme de ellos y abandonar la casita donde planeé ser feliz los días de mi vejez. “Decisión tomada”, me dije. “Quince días y no más. Me largo para la ciudad”.

Les di la clase como una moneda sin gusto a un mendigo y me fui a casa.

En el trayecto mi mente cavilaba insistente como un sonsonete. Sabía que mí tiempo en ese lugar se terminaba, y aproveché para mirar los árboles ausentes en la ciudad, los pajaritos cantando, los burros grises como mis tardes, los vagos bebiendo en las cantinas sentados en bultos de grano, los puentes colgantes. “Quince días y no más”. Me dije mirando la casita que fue de mi padre. “Para qué tanto paraíso si el infierno es ése”.

Abrí la puerta esperando encontrar lo que ya no me sorprendía. Me sorprendí ése y los pocos días siguientes que viví en la casa de mi padre. Encontré los platos lavados, la cama tendida, las toallas escurriendo detrás de la nevera. En el closet la ropa planchada y oliendo a lavanda, los granos en el lugar que les debió corresponder siempre, el baño aseado... un jugo de guayaba helado y un plato apetitoso al lado de la máquina de escribir.

“¿Quién demonios habrá hecho esto?”, me pregunté. Supuse que Horacio, pero lo descarté al instante, o algún vecino acomedido; no lo creo. Dejé de suponer y me comí la comida que estaba deliciosa. Me acosté a dormir.

Cada día que retornaba de la escuela a la casa me hallaba con esas sorpresas que me gustaban. Mis últimos días en el pueblo los pasé muy bien. Me dejé de preguntar quién podría pensar en mi bienestar y me dediqué a degustar los buenos platos que comía al llegar de la escuela y a disfrutar del olor a limpio y de las cosas en su sitio. “Alguien me quiere”, me decía a cada nada. “Alguien se preocupa por mí”.

Antes de abordar el bus que me traería a la ciudad donde hoy escribo, pensé en quedarme y continuar dando las clases en la escuela; las cosas marchaban bien, pero me fui.

Separata literaria

En el camino hablé en voz baja pensamientos de mis tiempos en el pueblo. Sonreí reviviendo esos momentos en los que alguien se empeñaba en amargarme la vida. Reía a raudales acordándome de las que pudieron ser brujas y calmaron mis antojos, de las barbaridades de mis amigos estudiantes... Acordándome de lo bien atendido que me encontré en los últimos días, sentí nostalgia porque entendía que en la ciudad sería distinto, me llegaría la vejez sin nadie que me cuidara, y sabía, ahora lo sé, que extrañaría los platos y cuidados que ese duende preparó para mí.

LA SUERTE DE LOMO

David Alejandro Betancourt

El agua del río arrastraba muñequitas sin cabeza, botellas llenas de lodo, hombres muertos e hinchados como ballenas, basura, mucha basura, mierda... Las cosas empujadas por la corriente se desplazaban entre piedras pesadas en zig-zag como una culebra; parecían tener vida pero el olor pestilente afirmaba lo contrario. Era la época de los muertos, de los gallinazos, de las pugnias.

Mientras los jóvenes se mataban entre ellos, *el viejo mirada triste* pasaba sus tardes a la vera del río acompañado de su viejo perro Lomo, observando a los gallinazos sisar a los hinchados. A menudo estaban allí viendo flotar la realidad en esa agua de visos rojos.

Era nimio, para el viejo, el sentimiento por las cosas que arrastraba el río; qué le importaba lo que la corriente llevara si su hijo ya había viajado por ese camino, si su mujer había muerto como lo haría él pronto: de viejo, si las canas y su lento caminar y su bastón lo hacían sentir como un árbol de doscientos años: sin hojas, sin ganas de respirar y sin apetito por nada. Viejo estaba y los recuerdos del pasado lo torturaban en demasía, lo golpeaban con guantes de hierro. La tristeza y la melancolía estaban sentadas a su lado acompañándolo: la niñez, el colegio, las amadas, el campo antes más verde, su hijo, sus padres, el rancho donde Riña parió a Lomo, Lomo cachorro corriendo detrás de conejos... ¿Y ahora? Entendía que todo era monótono como un aguacero: del río a la casa, de la casa al río caminado lento como una tortuga vieja; llorando, añorando, recordando... buscando rostros más viejos que el suyo sin encontrarlos. Su corazón herido latía aún gracias a su amor de cuatro patas, su única compañía.

El dolor como los tesoros se esconde, pero *el viejo mirada triste* tenía tanto para esconder que no hallaba en dónde y para no llorar le hablaba a su perro:

—¡Los machos no lloran y a los viejos se les secan las lágrimas! ¡Jamás, tonto, vayas a llorar delante de mí!

Siempre en sus desahogos continuos esperaba, sin impacientarse, la respuesta muda de su amigo fiel. Sabía que escuchaba y comprendía sus palabras dolientes, viejas, secas. No dejaría de hablarle porque entendía que los ojos dicen más que las palabras. Lomo hablaba con la mirada.

La última vez que los vi, *el viejo mirada triste* lo llevaba cargado en sus manos como cuando cargó a su hijo muerto. Le hablaba, miraba su mirada como queriendo guardar su rostro en la memoria hasta la muerte. “Lomo está muerto”, pensé, pues estaba acostumbrado a ver las cuatro patas marchar lentas pero seguras. Los observé irse hasta que la imagen fue diminuta y la distancia los desapareció.

—Lomo, tonto, ¿qué harás cuando yo muera? ¿Te dejarás morir? ¡Dime, anda! ¡Respóndeme! ¿Qué harás? —le dijo apretando su cara con ambas manos—. Le habló con amor, rabia, miedo. Veía en el animal su imagen. Lomo era su espejo y no quería que sufriera en su ausencia.

—Mi perro, Lomito... entiende que pronto moriré y no quiero verte desde el infierno morir a mi lado, cuidándome y esperando que algo de aire salga de mi cuerpo y te abraze. Mi muerte no me tortura, la vida ya lo hizo. —Se echó a llorar y se sintió apenado; descubrió que todavía tenía lágrimas, tenía vida—.

Lomo parecía una crispeta: blanco, dulce, tierno como el maíz... Ladraba poco —la vejez enmudece— y tenía aspecto de hembra. Miraba triste desde que nació como presintiendo su destino. Se parecía a su amo en cantidades y odiaba el sonido diario de las balas. Cuando los muchachos se mataban, cuando mataron a Simón, el hijo del viejo, se escondió un día entero debajo de la cama, lo asustó el sonido del plomo y del llanto.

El día en que el viejo llevaba a Lomo en sus brazos, el perro amaneció sin ganas de vivir. Había olvidado comer y los ojos húmedos no veían

sino sombras como fantasmas. Su lengua no quiso lamer la piel arrugada y con sabor a amor de su amo. Insípida le sabría. Lo evitó.

—Cierra los ojos y prueba la muerte propia. Los que no viven dicen que sabe a miel —le habló con la voz entrecortada mientras sobaba su lomo—.

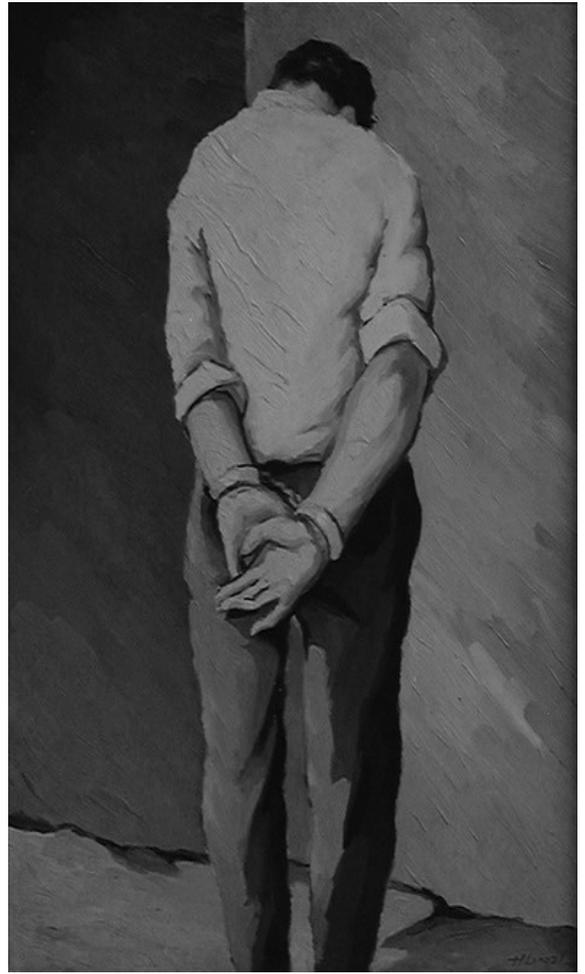
Lo observó detenidamente y sintió miedo de quedar solo por siempre, de vivir la muerte de su único compañero fiel. Subió las escaleras de la pequeña casa, abrió el cajón ubicado al lado de su cama y bajó rápido como una bala en busca de una liebre. Le puso en la cabeza la escopeta con la que cazaba queriendo acabar con el sufrimiento de alguien

que él suponía no deseaba seguir respirando. No disparó. Lo abrazó, lo cargó y caminó lento, muy len-to hacia el lugar donde los gallinazos hacían su festín. El trayecto duró una eternidad.

—Sabio amigo, si vuelves a este mundo no me busques, odio el apego, es una trampa que rompe corazones. Nada dura como uno quiere.

En el río le dijo cuánto lo quería y arrojándolo del frío de la muerte, con un costal viejo, lo arrojó al agua junto con su corazón. No quiso mirar atrás, allá estaba mejor que él.

De regreso se sintió despreciable y desalmado. Unos pasos más adelante un cuerpo con forma de crispeta le ladró como diciéndole que lo quería. *El viejo mirada triste* quiso correr y no pudo. Sólo lo llevó de nuevo a casa sin poder jamás mirarlo a los ojos, entendiendo que nadie en su larga vida lo había amado tanto como su perro.



SUERTE, CARDONA

David Alejandro Betancourt

Nunca dejes de ser niño, aunque tengas los ojos en la nuca y se te empiecen a caer los dientes

Andrés Caicedo

Por aquellos días, Cardona y yo decidimos olvidar en definitiva los juegos de antes y enfrentarnos de una vez por todas a los juegos del amor. No había tiempo que perder; teníamos diez años y ser niño comenzaba a molestarnos como el sol en los ojos. Urgían un beso los labios y las rodillas no soportaban un raspón más.

Masticando estos *Gudis*, duros como piedras de colores, voy de regreso al ayer de hace veinte años. En mis recuerdos, en el salón de clase, Cardona me mira como queriéndome decir algo. Sonríe pícaro y espera ansioso el recreo para contarme lo que en esa mañana lo hace feliz.

Mientras los niños corren *patiendo* balones en el patio del colegio, las filas de la tienda de don Libardo crecen rápido como maleza y los grupitos de amigos empiezan a conformarse, yo regreso del baño al encuentro de Cardona que está sentado al lado de la reja que separa a la primaria de los mayores. Me dice que está reenamorado de Clara, la profesora que nos habla de libros y nos enseña a tildar. Me maravillo de ver a Cardona reír como nunca y en mis palabras sin voz le deseo la mejor de las suertes. Le digo en silencio, mientras su chillona voz no deja de sonar, que la tarea será difícil, pero que no desista.

De regreso a casa, en el destartalado bus del colegio, escucho soñar a Cardona. Fantasea con un matrimonio sin peleas, con hijos por montones, casas, animales... Sueña con un amor que en su mente le es correspondido, y espera que sea mañana cuanto antes “Clara, te tengo loquita. Mañana después de clase te cazo”, dice guiñándome un ojo antes de bajar del bus. Yo sonrío mientras el pequeño felino se pierde de mi vista y digo para mis adentros: “suerte, Cardona”.

La noche pasa ligera y fría. En la mañana, Cardona llega al colegio puntual como siempre. Carga en su maleta libros, colores y lapiceros; en el diccionario Larousse lleva una carta para la maestra Clara. Huele a loción de hombre, la camisa del uniforme por primera vez está por dentro, su pelo liso y color ladrillo antes peinado por el viento, luce hoy pegado al coco y negro por la gomina. ¡Se ve gracioso!

En la noche Cardona aprendió a besar. Me cuenta que un espejo no son labios, pero que a falta de otra boca, besándose uno mismo a besar se aprende.

Entra Cardona al salón de clase. Que parece nuevo, dicen en burla por su pinta conquistadora de mujeres mayores, que la mamá lo peinó, que dónde está Cardona, que si buscó reemplazo, y Cardona callado pensando en lo que piensa Clara, y yo pensando en lo que piensan los dos y Clara pidiendo silencio y respeto. Que no les pare bolas, le dice Clara, que está muy lindo, que organizadito se ve mejor, que aprendan de él todos. Y el corazón de Cardona queriéndose salir de su pechito como en las películas de sangre que nos gustan a los dos. “SI-LEN-CIO-YA”, dice Clara.

Como si el fuego consumiera el salón, salimos rápido al escuchar la chicharra vieja que anuncia el recreo. Clara y Cardona tienen que hablar y aguardan. “Suerte, Cardona”, le digo sabiendo que la necesita. “Nos vemos en la reja en un rato”, me dice, “el amor me espera”. Me voy.

Cardona se queda allí solo, abandonado de mí. Frente a Clara se siente una pulga, le tiemblan las piernas como un terremoto y huir de su cuerpo la voz quiere. En el patio la mañana está feliz. Veo sin atención absoluta correr a los niños como liebres jóvenes. Las niñas se pintan los labios para sentirse más bellas y menos niñas. El sol se acerca

y se aleja del patio como un yoyo calentando. La mañana feliz pasa de a poco entre juegos de otros, pensamientos míos sobre la fatalidad de Cardona y una declaración de amor en mi salón de clase.

“De algo estoy tan seguro como que me llamo Cardona”, me dice, arrimándose sin aliento al lugar donde lo espero. “Estoy convencido de que duele más el corazón que un mancazo bien pegado”. Se sienta a mi lado como quien se cae y maldice su estrella. Mi prudencia escucha su silencio y me digo: “La pena no lo aplaste; se le vino el mundo encima”.

La chicharra de regreso a clase suena. Los niños van despacio al salón pensando en lo aburridas que serán las siguientes horas de quietud, silencio y una pequeña dosis de matemáticas. Miro los ojos entristecidos de Cardona y le pregunto buscando una sonrisa o una palabra “¿Qué pasa que estamos tan tristes? ¿Se te murió la mascota?”, Cardona me ignora.

Sentado al pie de la reja observo sufrir a Cardona cantidades. El dolor es suyo y no me lo comparte para desahogarse; pero se contagia así no lo sepa. Sé, seguro que lo sé, qué difíciles van a ser estos días que se le avecinan.

Intentando romper ese silencio que nos aturde y martillándome la responsabilidad, le digo que vamos para clase, que fresco, que la vida es bella, que hoy juega el Medellín y que no se le olvide que él es el más duro para dividir por tres cifras, que VA-MOS-PARA-CLA-SE. Me mira fijo a los ojos y sonrío para no llorar. Lloro; dos lágrimas llora. “Me morí por dentro”, me dice. “Lo de adentro resucita, Cardona. Sufrir se hizo para los viejos”, lo consuelo.

Los dos en la noche estamos ahora. Él con su problema y yo con el mío que es él. Antes de que me duerma la oscuridad, pienso en montones de cosas y en lo difícil que sería ser Cardona por estos días. Escucho los grillos de los jardines vecinos, y antes de soñar con lo que nunca recuerdo al otro día, le digo a la almohada que ojalá el ángel de la guarda acompañe la amarga noche de insomnio que va por Cardona.

TODO SE LLAMA DE ALGUNA MANERA

Mónica Islena Díaz

A Terence cada día le gusta más este lugar. Se levanta como siempre muy temprano; se sienta junto al agua, y espera pacientemente hasta que el primer rayo del sol le ilumine el rostro. Nunca ha dejado de cumplir con ese ritual. Después, camina por cada calle mirando cada cosa a su alrededor; siempre comparando y queriendo saber sus nombres o simplemente dándoles los que él considera más adecuados.

Para muchas personas es sólo un tipo loco, caminando, sonriendo y repitiendo siempre las mismas palabras: “tienen que llamarse de alguna manera”. A él muy poco le importa lo que piensan los demás. Lo único que desea es estar presente todos los días en el renacimiento, en la renovación de su entorno. Según él, todo cambia cada mañana: las flores, los árboles, las casas, las calles, el agua, los animales e incluso las personas; además, asegura que su misión es estar ahí para dar un nombre nuevo a cada nueva cosa. Su “loca” idea no es tan loca como parece, pues ahora que lo pienso nunca nada ni nadie es igual todos los días.

Terence no ama tanto éste lugar como yo pensaba. Lo que ama es ese nuevo lugar que ve nacer día tras día mientras espera sentado y en completa calma; a aquella luz transformadora y renovadora, luz mágica y enseñadora, a la que aún no consigue darle un nombre. Por esta razón cree que esa luz es la única cosa que nunca se modifica;

la única que no renace, pues, es el renacimiento mismo. Es cada amanecer la misma, a la misma hora, cumpliendo con el mismo trabajo, con el trabajo de crear y recrear. Lleva años observándola, esperándola y buscándole un nombre, pues piensa que aún ella, quien le encomienda la labor de llamar a todas las cosas de alguna manera, puede ser nombrada. Lo cierto es que mi amigo, el dador de nombres, se enfrenta a una tarea muy complicada, diría que imposible, y lo sabe, pero insiste en negarlo. Conoce muy bien el valor de los nombres. Comprende que no son más de lo que pueden ser: Palabras y nada más. Por eso no se atreve a darle por nombre una de ellas y busca mucho más allá, aun cuando de antemano entiende que no lo logrará. Hay días en los que pienso que no lo intentará más, pero sé que es una mentira, y lo compruebo un poco más tarde cuando abro los ojos y descubro que ya se ha marchado. No necesito verlo. Conozco como nadie lo que hace. Se que está sentado a la orilla del agua, con su mano sobre ella, con su cara hacia arriba, sonriendo y esperando que pase lo que no ha de pasar.

Hubo un tiempo en que para mí todo era muy confuso, insistía en gastar palabras preguntándole lo que no tenía respuesta. Después de mucho intentarlo decidí que no volvería a arrojar palabras en el viento, pues si acaso las oía, de un soplo las desaparecía. Luego me miraba, sonreía y decía: Todo se llama de alguna manera. Se marchaba y esperaba. Siempre esperaba.

Terence en medio de su prolongada espera no podía ni tan siquiera imaginar, que esta llegaría a su final. Él, que más bien, ya se había acostumbrado a cumplir con esa rutina y que al parecer estaba dispuesto a llevarla a cabo eternamente. Él que trataba de mostrarse seguro de lo que decía, en verdad se engañaba y engañaba a otros al mantener viva una esperanza casi quimérica. Además de no poder imaginar lo que pasaría, tampoco lo esperaba. Quizá era lo único que no esperaba.

Para alguien como Terence, convencido de lo que hacía, aunque fuera con fundamentos falsos, no sería fácil aceptar por fin que sólo era un hombre, y que por más que lo negara tarde o temprano lo tendría que admitir. Admitir que no sólo era un hombre, sino que tal vez lo mejor sería asumirlo y así, dejar de lado esas alas soñadoras e

inexistentes, con las que sobrevolaba un mundo que él mismo había creado, quizás por pensar que lo mejor para él, era vivir detrás de una mentira, es decir cerrando los ojos a la realidad. Posándolos solamente sobre objetivos inalcanzables, sometiendo su accionar a los supuestos diseños de seres superiores, que no eran más que los soportes de su desenfrenada cadena de invenciones, dicho en otras palabras, era una invención que “sostenía” a otras de su misma clase. Afortunadamente llegó el día en que sus alas desaparecieron obligándolo a realizar un aterrizaje forzado sobre su realidad; lugar cubierto de incógnitas, por fortuna, pues qué mejor que las dudas y las preguntas para borrar esas verdades producto de una imaginación pobremente utilizada.

Aún cuando Terence se resistía a creer en lo que sucedía, aferrándose con mayor intensidad a todo aquello a lo que una vez llamó su verdad, su misión e incluso se atrevió a llamar su realidad. Pero como “nunca nada es para siempre”, mucho menos lo es una ilusión. Dado todo esto fue imposible para él mantenerse firme ante tal inestabilidad y debió aceptar el reto que le proponía el agrídulce juego de la vida. Fue así, como después de la aparición del gran día, el día en que llegó la incertidumbre; llegada fuera de lugar y extraña al principio, pero finalmente esperada y a tiempo; logró que Terence se atreviera a aceptar y a decidir abrir los ojos para dar el primer paso en la búsqueda de una verdadera mirada sobre la inquietante y compleja realidad de la humanidad, es decir, su realidad. Ese primer paso fue el resultado de un hecho totalmente paradójico, pues aunque para él ese día se convirtió en extraño, en tanto que supuestamente no era su realidad, su ideal, a decir verdad, era un día de esos en los que él esperaba y esperaba, sin embargo para él ha sido una pérdida de tiempo, según él, “en él “ese día”, nada cambiaba”. Pero lo cierto es que por primera vez: “todo ha sido diferente”. La luz no aparece, se siente derrotado, pero sólo por un segundo. Después de pensarlo cree haber encontrado la respuesta, y es que en eso consiste todo, en dar respuestas, no importa si son o no son correctas. Bien, él ha encontrado una, la que concibe como suya: nada cambia, excepto aquello que él quiere cambiar. Teme, pues ahora, ha descubierto que lo que creía como

inconcebible, no estaba tan lejos, descubrió que él mismo es poder renovador. Esto, aunque por mucho tiempo se mantuvo firme ante un eterno fracaso, el fracaso que es creer tener la verdad, y pese a que Terence no lo consideraba así, aprendió que aunque fracasar es necesario, no lo es así vivir eternamente fracasado. Descubrió que hay batallas que ganar. Al fin se levantó a tiempo, esperó el momento justo para vencer. Ya no hay una fuerza mayor que la suya, este día ha hecho en verdad todo bien, mirando al frente, con mucho miedo como tiene que ser cuando se juega a ser hombre. Ha salido del idilio que vivía con la predestinación, ahora puede decir que es un luchador. Ha escapado de su cuento de hadas y de su final siempre feliz, esta desencadenado. Ha cambiado todo, él es el transformador. Construyó un lugar nuevo, ese que tanto deseaba, un lugar que se llama de alguna manera y que es suyo. Ya nunca nada será tan fácil como: levantarse, esperar, sonreír y dar nombres. Hay muchas trampas en el camino, pero ahora tiene la ventaja, sabe que es simplemente humano. El cambio que tanto buscaba y esperaba estaba tan cerca, que apenas si podía comprender por qué lo esperaba, ya que era muy raro esperar algo que ya estaba en él. Terence siempre creyó que todo andaba mal, que un día todo sería nuevo; pero desgraciadamente lo único que andaba mal era él mismo. El que no aceptaba nada tal cual y como era ni siquiera se aceptaba a sí mismo. Por lo tanto, lo que necesitaba un cambio, era él mismo, su facilista y perezoso modo de pensar, es decir, su cómoda manera de borrar y volver a escribir palabras para cambiarlo todo.

Siempre tuvo mucho miedo de arriesgar y por ello sólo se limitaba a esperar sentado, sonriendo, pero sin actuar. Son pocos los que se atreven a vivir. Quedarse inmóvil no es la solución, “hay que buscar, cambiar, pero no hay que tratar de hacerlo estando sentados”. El tardó un poco, que tal vez fue mucho para entenderlo, pero finalmente lo hizo. Ya no se sentía culpable ni obligado a cambiar, solo quería cambiar; ya no ponía nombres a nada, al fin descubrió que todo se llama de alguna manera y que las palabras por si solas no pueden renovar. Ahora todo lo que hace tiene sentido, él mismo le ha dado un sentido. Ya nada es en vano, cada día hay algo nuevo por descubrir.

Aún sigue sentándose junto al agua, pero ya “nada es igual”: Mira hacia la luz y sabe que esta allí sólo para iluminar sus amaneceres. Ahora sí me escucha. Ya no permite que ningún soplo robe las palabras que le digo. Ha decidido quedarse con ellas. Es un hombre y además es libre, es su propio creador, ya no tiene que esperar a que otro intervenga en su destino para alterarlo. Ante todo, ya no existe más para él ese ser innombrable, pues él no quiere que exista, en su inventario de nombres no está y todo aquello que no se llama de alguna manera, simplemente no es. Terence encontró la verificación de su ser en el lenguaje, oíase bien solamente la verificación, y lo hizo con la mejor de las armas, es decir las palabras, la comunicación.

Muchos días han pasado y ahora soy yo quien busca una manera de llamar las cosas. He pensado mucho en todos los detalles, en las horas que pasaba él frente al agua, en las otras en las que caminaba, miraba y sonreía; en cada palabra que pronunciaba y en el significado que tenían. Pues bien, al fin logré comprender que correr riesgos es la verdadera misión, misión que también yo debo aceptar; si quiero vivir, y no es que no esté viva, es sólo que estoy tan quieta, como esperando que algo suceda, pero como podría pasar lo que no deseo, lo que no quiero; tal vez sea tiempo de tomar una decisión, esa que me instale un paso por delante. Yo no quiero ser igual a Terence, son otras las transformaciones que deseo para mí; deseo pasar junto a mis rosas amarillas, haciendo algo más que contemplarlas, quiero comunicarles algo, quiero que sepan que son mi mayor ilusión, que son parte de mí, mi mejor parte, la más hermosa, quiero que sepan que nunca más dejaré de llamarles de alguna manera, que a su lado voy a jugar y a arriesgar por vivir y por sentir.

Él, Terence, me está mirando, sonrío, sabe que estoy cambiando. Me ha dicho que siente mucho habérmelo impedido antes, según él, yo estaba sumergida en su inmovilidad, que fue su error el que consiguió que pasáramos tanto tiempo sin vida; pero la verdad es que yo misma quise permanecer estática, pues cada ser es el dueño de su voluntad, nadie es culpable del fracaso de otros ni siquiera lo es cuando se trata de su propio fracaso. Nada ni nadie pueden

culparnos sino se llama de alguna manera, es decir, nada que no exista puede decidir por nosotros.

Con lo que me ha dicho he comprendido que estoy un paso delante de él en el juego de la vida, pues yo descubrí algo que Terence aún no alcanza a imaginar, descubrí que estoy aquí para tratar de, para luchar por, sin que nadie pueda juzgar qué tan bien o qué tan mal lo haga. Nadie es culpable. Yo me llamo de alguna manera, existo porque las palabras que utilizo lo demuestran, soy porque puedo probarlo. Todos lo que nos llamamos de alguna manera somos hombres libres; Terence y yo lo somos, podemos cambiar todo lo que queramos, somos fuerza renovadora, nos equivocamos una y otra vez, más nunca lo hacemos del mismo modo, si caemos es para levantarnos.

Ayer pasó lo que tenía que pasar, los dos lo sabíamos, Terence se marchó, dijo que necesitaba conocer otros lugares. No tenía derecho, no podía evitarlo. Será un cambio también el que estemos separados, eso de estar juntos es también un estado de quietud, de esperar. Y hace mucho que decidimos dejar de esperar.

Ya nunca más se sentará junto al agua, ya no me mirará, no sonreirá y será porque simplemente para mí Terence ya no existirá. Pues en ningún caso para mí podría volver a llamarse de alguna manera, no mientras no pueda probarlo.

Fue lo mejor que pudo hacer, ahora lo sé, pues yo estoy mejor, recuperé toda mi libertad. Las rosas amarillas y yo vivimos sin ninguna presión, arriesgamos para ganar, pero sabemos que podemos perder. Cada día que pasa soy un poco diferente, soy yo, lo que voy haciendo de mí. Tomé los hilos de mi vida, creé un mundo para mí, pero no está lleno de satisfacción, ya no es un nido de amor, es más bien un trabajo algo complicado, el trabajo de vivir, en el que es necesario luchar para hacer posibles mis metas, en el que cada día despierto con una nueva pregunta y lo mejor de todo es que no siempre conozco la respuesta. Soy humana después de todo.

SALIVA DIVINA

Jhon Jairo Jácome Ramírez

Hey!!! viejo José, ¿cuándo me vas a pagar lo que me debes? —Ehhh uy viejo Rober, me extraña, ¿cuándo le he quedado mal yo con un pago? Deme un par de días que usted sabe que la pesca ha estado pesada estos últimos días. Yo le respondo, todo bien, no se preocupe.

Que escándalo el de ese man no José. Acaso ¿cuánto le debes? —No Mañe, el man no es acosador, pero es que ya van pa' 30 días de estarle fiando en la tienda y yo nada de nada que me reporto ni con mil pesos. Ya me da es pena mandar los chinos por algo al negocio. Ahí los voy turnando a cada uno para que sólo les toque ir una vez a la semana y no les dé vergüenza cuando tienen que ir a mendigar algo fiao —Bueno, menos mal que son 7, y sumándole a la Tere y usted, la vergüenza se demora un par de días en sonrojarle la cara —¿La Tere? Esa nunca va por allá. Dice que eso es deber del macho conseguir el sustento. Pero en este caso como al macho no le llega nada y le da vergüenza llevar fiao, pa' eso son los hijos, pa' ayudar a los padres ¿o no Mañe? —Si tú lo dices.

Serían las 6 de la tarde pasadas cuando el viejo José y el Mañe pasaron por la tienda del Rober en busca del sustento diario. Iban desenredando la red con resignación, pues desde hacía más de un mes que los peces no llegaban a la zona donde por más de 20 años estos dos viejos curtidos del sol costeño le robaban vida al océano atlántico. El José con 61 años era el jefe de tripulación y el Mañe con 60 recién

cumplidos era el encargado de las provisiones nocturnas para salir a trabajar. Un paquete de Premier rojo, 4 botellas de agua, pues desde hace mucho tiempo no alcanzaba pa' mamar Ron, la nevera de icopor para echar la pesca y el repertorio de temas a discutir durante la noche eterna bajo la luna, eran obligación imperiosa y sin discusión del viejo Mañe. La embarcación era una vieja canoa heredada por José de su papá y que según él le había traído suerte hasta hace un mes, cuando por puro descuido, ya que era su tarea evitar esto, su mujer se montó a su embarcación para ir donde su hermana a recoger leña. La promesa hecha a su viejo y que a su vez éste había cumplido a cabalidad desde el momento en que había comprado su canoa, era que ninguna mujer podría subirse a ella, pues desde ese mismo momento se “empavaría” y ya nunca más sería el instrumento eficaz para pescar que siempre había sido. El José supo desde el primer momento que ese hecho nefasto iba a ser una catástrofe para su oficio, pero prefirió no contarle nada a Mañe y atribuirle la mala racha de pesca a la naturaleza, que según afirmaba el José, amparado quizás por el meteorólogo de la tele, se debía a las corrientes calientes que se desplazan por esta zona en el fondo del mar y que han obligado a los peces a buscar aguas más frescas mar adentro, a lugares donde es imposible llegar en la “relámpago”, nombre con el que habían bautizado a partir de un botellazo de Old Parr esta canoa que ya rondaba por los 50 años.

Ajá, y ¿de qué vamos a hablar hoy Mañe? —Pues hay dos clases de temas para escoger, unos buenos y unos malos. Usted me dirá —Pues de los buenos obviamente, para qué hablar de los malos, ¿más malos que esta sequía de peces? —Pues es que esos eran los temas malos José. Yo ya no sé qué hacer compadre. Estoy cansa'o de mamar aguamiel con arroz que es lo único que la Mencha se puede traer de la casa de los ricos donde trabaja sin que se den cuenta del golpe. Los chinos hace rato no van a la escuela porque yo no he podido mandar la cuota del almuerzo semanal y a mí este cuentico de que esperemos que ya vendrán los buenos tiempos ya me está hartando —Ummmm Mañe pero que hombre de poca fe que eres, paciencia que Dios nos sabrá recompensar este ayuno —Cuál Dios ni qué carajos, esto es por las ondas marinas esas de las que tanto hablas, esos peces por acá ya

no van a volver porque se mueren de calor y nosotros con “relámpago” no podemos meternos más mar adentro pues por allá nos quedamos —Mire Mañe, deme esta semana, si no nos sale nada, nos vamos pa’ la ciudad a buscar algo en la construcción, que mi primo Caliche me dijo que de pronto nos ubicaba en algo que él esté haciendo por allá. ¿Usted cree que a mí el reclamo de las últimas 3 noches delante de todos los del puerto por parte del Rober me está gustando? Hermano yo soy el más interesado aquí de que esta joda cambie, yo tengo 7 bocas en chinos y 9 si nos sumamos Tere y yo. Ustedes por lo menos son 5 no más —Quién te manda a ser tan culión —A mí no me digas así Mañe porque me envenenas la mente y me puedo tornar agresivo sin importarme nada. Aquí los ánimos están caldeados y es mejor que nos calmemos —Está bien pues, entonces te propongo los temas buenos. ¿Qué te pareció la empelotá de la Yidis? Yo no la he visto aún, pero según llegó contando el Ñeme la otra noche, la vieja además de sapa como que aguanta sus tres juetazos —Home cómo vas a decir esa joda si esa vieja es más fea que pegarle a la má el día de la madre —Pues podrá ser muy fea y todo, pero aquí en Colombia hay muchos que desearían que sólo se hubiera abierto de piernas y no abierto la jeta —En eso sí tienes razón, pero a decir verdad, habrá que verla para salir de dudas —Pues salvo que salga por la tele, porque plata para la revista, ¡no hay!

Los dos viejos se hallaban degustando este tema tan profundo al calor de un cigarro, cuando de pronto el viejo Jóse, que sin ningún interés acababa de lanzar la red convencido de que no traería nada de vuelta, casi es arrancado de un tirón por tal cantidad de peces que había agarrado que apenas atinó a decir “puta Mañe ayúdeme!!!!”. Efectivamente, era tal la cantidad de peces que había en la red que temían se rompiera y perdieran lo que calculaban iba a ser la mejor pesca del año. Los dos viejos empezaron a tirar y a tirar de la red mientras sus pensamientos maquinaban la cifra que pudiera estar envuelta en ese pedazo de malla que estaban a punto de archivar de por vida a cambio de un par de pesos pegando ladrillos. Cuando por fin las pocas fuerzas que les quedaban les permitieron sacar la red y empezar a echar los peces por cualquier lado de la canoa, pues la

Separata literaria

neverita no daría abasto nunca, uno de los dos soltó la lengua que hasta ese momento había sido tragada sin proferir un solo sonido, pues temían que al hablar, la fuerza que esto implica cuando se hace con hambre, impidiera recoger los peces con prontitud. Además, porque esperaban volverla a echar, así la canoa se fuera llena de peces y ellos arrastrándola a punta de brazos nadando. Al fin y al cabo estaba a no más de kilómetro y medio de la costa.

Jóse, compadre, mi hermano, yo le dije que mi Dios nos iba a socorrer!!!! —Si hablas mierda Mañe, si hasta hace 10 minutos lo estabas putiando —Pues sí, pero Él sabe que eso es mamando gallo, que yo lo amo mucho y que nunca desconfié de que nos iba a ayudar —Pues sea lo que sea compa, hasta hoy llegó la deuda con el Rober, mañana a primera hora le estoy pagando todo. Y de paso lo invito a una botellita de lo que quiera, que con esto hay para mucho rato. ¿Cómo cuántos van? ¿Sí ha ido contando? —Así a vuelo de pájaro deben ir unos 400 y pucho... —No joda, y los que nos faltan por sacar...

Lanzaron la red dos veces más y el resultado fue el mismo, peces por doquier. A estas alturas ya no hablaban de mamar Ron, sino de arreglar la casa, de comprar esto y aquello, de ropa para los chinos, de ropa para las mujeres, de cambiar la cama, de comprar bicicletas y hasta, aunque no creo que el Jóse lo reconociera nunca, de cambiar a “la relámpago”, pues ya estaba salada. En éstas andaban, cuando de un momento a otro el cielo, haciendo honor a la vieja canoa, iluminó el horizonte infinito de aquel mar recalentado en su interior con un relámpago de tal magnitud, que los dos viejos se contemplaron el uno al otro, desde los pies a la cabeza con tal claridad, que hasta se alcanzaron a ver sus pensamientos más internos. Mañe sólo pudo exclamar “apúrese Jóse que va a llov...” cuando, como si se tratase de un escupitajo divino, un rayo venido desde lo más profundo del cielo los partió en dos, a ellos, a los pescados y su vieja canoa.



LO MISMO

Eduardo Martínez

1.

Todos los días tomo café en la misma parte, fumo los mismos cigarrillos y pienso exactamente lo mismo; sin embargo, desde hace un tiempo he estado considerando cómo sería vivir en otro planeta, cómo sería tomar el mismo café y morir por causa de los mismos cigarrillos, en otra galaxia; empero, mis ideales son demasiado ingenuos y para mi desgracia, pienso lo mismo en todas partes, todo el tiempo.

Desde hace algunos años he dirigido mis investigaciones a la búsqueda de vida en otros planetas, mas no he podido encontrar uno donde se pueda tomar café o pueda morirse a causa de un maravilloso cigarrillo; algunas veces tengo la impresión de que estoy más muerto que vivo por causa de mis encantadores vicios, tal vez por este motivo, la vida en otros planetas me teme y se resguarda con cuidado impidiendo que la halle.

Hace un tiempo, cuando confiaba más en el viento y una admirable cantidad de árboles era mi compañía, estuve cerca de obtener todas mis aspiraciones; trabajaba en la noche porque es más fácil y más hermoso; a las seis de la tarde todos los días subía hasta el tercer piso de mi laboratorio, encendía varios aparatos electrónicos que sirven para observar el cielo y a su vez miden e interpretan toda clase de ondas electromagnéticas; luego, mientras las máquinas hacían su

trabajo, guiaba mi cuerpo a un gran balcón que había hecho construir, me sentaba en un cómodo sillón de color rojo oscuro, y miraba el cielo permaneciendo callado mientras pensaba en cómo serían las otras vidas; al final, toda la noche se evaporaba entre sonidos, café, cigarros y la grata compañía del viento con su jugueteo silencioso en las copas de los árboles.

Cuando niño, permanecía horas y horas en el incómodo pero enternecedor patio de mi casa construido por mi padre; su suelo, compuesto por piedras puestas ligeramente y una interminable cantidad de raíces verduscas, hacía que mi imaginación revoloteara de estrella en estrella hasta que el cansancio me lo impedía; mi conciencia infantil, en ese entonces acosada por grandes búsquedas, se regocijaba ante la posibilidad de permanecer por siempre admirando la gran bóveda celeste; sin embargo, las incómodas pero agradecidas piedras, me hacían recordar que las grandes búsquedas no son eternas: permanecer por siempre, aunque en sí mismo agradable y conmovedor, sería una pérdida que tan sólo serviría de consuelo. Por tal motivo, hoy, años después, un poco desconsolado, sentado en este rojo sillón, fumando y tomando café, me doy cuenta de que tal vez y sin saberlo, he permanecido por siempre, aunque no vea hacia el cielo todo el tiempo.

2.

Pero hace poco estuve cerca de obtener todas mis aspiraciones: En el día cedió el tiempo, y todas las horas brotaron estúpidas, presurosas e inconscientes hasta la llegada del atardecer; después aproximadamente a las siete de la noche, las máquinas se volvieron locas y escupieron cifras ilógicas que fueron interpretadas en sonidos imposibles de comprender; dominado por un ímpetu extraño huí a mi balcón, encendí un cigarrillo y lo sostuve entre mis dedos cuando repentinamente, una de las máquinas empezó a emitir sonidos casi comprensibles; por ese momento, acudió un poderoso viento que me arrebató el cigarrillo de las manos; yo permanecí unos instantes en silencio, esperando que el viento hiciese más que evitar mi vicio,

empero, al ver que no sucedía ningún acontecimiento importante y por el contrario los sonidos se hacían más y más incomprensibles, me arrojé a esa estúpida máquina que no hacía nada que no fuera balbucear tonterías.

Al impulsarla, todas las demás se vinieron al suelo; yo, en pie, veía feliz cómo mi laboratorio se destruía en chispeantes y mudos sonidos de cortocircuito; cuando de nuevo ocurrió el silencio, me dirigí al balcón, me senté sobre el cómodo sillón, encendí un nuevo cigarrillo —que apreté fuertemente para evitar que el viento lo tomara— y bebiendo un poco de café, miré la impecable bóveda celeste pensando que a partir de hoy, no permanecería por siempre.

Desgraciadamente, todas las máquinas cobraron vida de nuevo; yo me levanté impaciente del sillón, mis manos comenzaron a temblar hasta quedar sin fuerza y arrojando el cigarrillo, apareció el viento que otra vez se apoderó de él; la taza de café por el efecto descontrolado de mis manos, se fue al suelo rompiéndose en pedazos, y la misma máquina estalló de nuevo con sonidos incomprensibles hasta que silenciándose emitió: —¿Hay alguien ahí? Luego se apagó y no volvió a encender.

Consolado, me di cuenta que tan sólo era una grabación que había realizado y conservaba dicha máquina, entonces y para evitar cualquier sorpresa, desconecté todo, me arrojé sobre el sillón, encendí un cigarrillo y preparé una nueva taza de café.

3.

Generalmente me pregunto por qué tomo café en la misma parte y fumo los mismos cigarrillos, siempre me he dicho que es una maravillosa costumbre que consuela un poco mis deseos, sin embargo, estoy por comenzar a creer que mis costumbres no son más que ciegos impulsos que sosiegan mi desconsuelo.

Que haya vida en otros planetas, no lo sé, un día estuve cerca de saberlo; aunque quizá alguien en otra galaxia, tomando el mismo café y fumando los mismos cigarrillos esté preguntándose lo mismo.

UN RELÁMPAGO DE VIENTO

Nelson Rendón Garro

El viento

Están a la vuelta, recostados, sin avistar la casa; los siento desde que venían lejos, antes de cruzar el río; se reagruparon en la ribera y, escondidos en la noche, atravesaron hacia esta orilla. Los caminos se inundaron de encapuchados para no permitirles huir a los que están amenazados de muerte. Caravanas de desplazados emigran en busca de algún corredor para pernoctar durante la noche y continuar en el día. Las fondas arden por doquier; hoy, cuando volaba por las montañas, el humo sofocaba el horizonte; choqué contra los árboles y las paredes en llamas; estuve a punto de quemarme y, por fin, de tumbo en tumbo, entré a esta casa. En los alrededores de esta morada de madera y techo de zinc, a la derecha de los árboles que dan sombra, agazapados en el barranco y con el cansancio en el cuerpo; al acecho, sin descargar las armas en el suelo, con los sombreros puestos y la sombra partiéndoles el rostro; el sol subiendo, yéndose por el filo de la cordillera de la tierra que gira, mareándose sin remedio. Ya ni ladran los perros que se rezagaron echados en el corredor. Silencio y más silencio; sin embargo, ellos no saben que se fueron, que no hay gente cerca al patio y las tomateras, a la pesebrera, al corral de las gallinas, al azadón abandonado por el afán que se los llevó, ¿a dónde?, no sé. Aunque estén en la ribera, los siento aquí, en mi interior, en el miedo que intenta correr del zaguán a la alacena. La tabla de la sala que

sirvió de escape, al cabo de los últimos martillazos a la puerta, sigue atascada; no puedo levantarla, no tengo fuerzas, no veo; a tientas, sobre las camas sin colchones, agitando los sonajeros y el alambre del foco que olvidaron y los retratos que no atinaron a descolgar o que dejaron porque, tal vez, cualquier día vuelvan. Voy a la sala para filtrarme por las hendijas; inútil, también las taparon; no hay por dónde escabullirme, huir, escapar. Empiezan a inquietarse, silenciosos, como fantasmas de muerte, con los ojos puestos en los matorrales por si a alguien se le ocurrió esconderse.

La madre

Todavía me quedan fuerzas para caminar; ustedes carguen las dos mulas con los colchones y los dos baúles que son lo de más necesidad. Como no ando rápido, me voy a ganar camino con Miguel y Daniel; venga usted, Lina, que ellos nos alcanzan con las bestias. Estoy enseñada a estas andanzas; desde niña me ha tocado ir e ir, apresurada, cruzar los ríos y habitar moradas abandonadas para partir de nuevo, sin detenerme; sólo para tomar agua o temperar por un tiempo, pero esto no es arraigarse en la tierra; siempre se está a la espera de algo, de la guerra, de lo que suceda, de la muerte que nos acecha, aún antes de nacer. Estoy tan cansada de caminar y no encontrar un lugar para morir tranquila, sin tanta zozobra, sin temores; al menos una tumba abierta para calentarme en los días de sol.

El hijo

Amarremos bien las bestias y arranquemos de una vez; mi mamá y los niños pueden sufrir algún percance. Menos mal que aún anda la vieja con esas piernas hinchadas y los ochenta años auestas. Con esta otra mula son muchos los trebejos que acomodamos en la enjalma. Los colchones, primero, y los baúles encima. ¡Sosténgalos, pues, con fuerza! ¡Coja el lazo del nudo y apriete con ganas que nos cogen en este patio y nos caga el verraco! Preste ese bulto de ropa que en esta mula va bien y siga con esa

de cabestro. ¡Por ahí no, vergajo, dé la vuelta por detrás de la casa!, desempate el alambre que yo lo enredo y hágale rápido que no tenemos todo el día, no ve que nos demoramos empacando; apresúrese que estamos de malas y se marea mi mamá en esa loma; si no es porque ella insiste, la habíamos montado en una mula, no importa que hubiésemos dejado un baúl y un colchón. ¡Cuidado, miija, se le chuza el niño en el alambrado! ¡Eso le pasa por no amarrar las cargas como le he enseñado!, pero es que no hace caso. Recoja esa olla para no mostrarles el rastro; si no nos encuentran, pueden seguirnos, y es lo más seguro; ellos saben que hasta anoche estábamos aquí. Si nos hubiera avisado ayer, pero, al venir a eso nada más, levantaba sospechas y por estos tiempos no se sabe ni de los vecinos ni de los que no lo son. ¡Sigán que voy detrás!

El viento

Un arriero de sombrero gritó que estaban cruzando el río y ellos corrieron desde el cafetal hasta el corredor de la casa; cogieron talegos, abrieron baúles, sacaron las ollas y los trastos, vistieron a los niños, les quitaron las sábanas a los colchones, empacaron las bacinillas e hicieron cuentas del equipaje que alcanzarían a cargar. El camino por donde podían irse era empinado y los niños no resistirían mucho rato. Adela iba con el niño de brazos; la abuela y los menores caminaban adelante, al paso que les permitían los talegos, pero no demasiado lentos, ya que debían internarse en el cafetal para protegerse de los ojos que los vigilaban. A eso de las doce, sin almorzar, sin apagar los fogones, sin recoger la ropa mojada en el alambre del patio para no levantar sospechas, se escabulleron con los niños, quienes chapuceaban en los charcos de la lluvia que los cafetos conservaban, a pesar del calor de la mañana; con los talegos al hombro y los sombreros inclinados sobre el rostro y la tristeza de abandonar la esperanza, los arados, el trabajo y la casa, y yo desesperado, con el anhelo de acompañarlos para refrescarles los cuerpos.

El perseguidor

Es posible ver lo que pasa; contamos con ojos en todas partes, todos somos enemigos de todos y todos estamos al acecho de todos. Si no es porque acampamos anoche en el bosque del Tambo, los hubiéramos cogido durmiendo; allá van arañando la montaña, y protegidos por los guamos que le dan sombra a los cafetos. Estoy cansado; se los mostrara al jefe, pero nos obliga a correr por esa loma. Más bien permanezco en silencio y no miro fijamente; se da cuenta, me regaña y, sin pensar, los persigue. El agua está fresca; con razón el que acabamos de matar en la fonda se tiró al río para beber y no morir de sed, aunque se estaba muriendo de una cosa que ni yo sé qué es. Era forastero; nunca lo había visto por esta vereda; vendría a coger la cosecha o estaría de visita donde algunos familiares. La carrera que metió para encontrarse con nosotros y sin preguntar quién era o si quería morir, de una vez, sin dudarlo, ya ni siquiera se duda, hasta dónde hemos caído, pero me pongo a pensar así y se me sale una palabra y también me matan. Lo más fácil es morirse bocabajo, contra el río, para ver el reflejo del sol en el agua que fluye por el lecho pedregoso. El jefe lo volteó con el pie para rematarlo, pero ya no respiraba. Ni para qué le miraba el rostro, jamás lo había visto. ¿Por qué lo matamos? No sé; quizás, por la costumbre de estarnos matando. Estarán los gallinazos dándole vueltas y sacándole los ojos. De bajada hay que recoger el cuerpo, enterrarlo y borrar los rastros, o ya se lo habrán llevado a pedazos; por estos días, a los gallinazos se les aumenta el trabajo y no dan abasto para limpiar la inmundicia que cargamos adentro.

La madre

No dejen el camino que ya vienen las mulas y Adela con Ruperto y Javier y ella trae el de brazos; están saliendo de la casa por el alambrado; sigan caminando que ya casi le damos la vuelta a la loma; en bien que lleguemos al chachafruto, descansamos un poco, alejados del peligro. Más luego si nos alcanzan, al menos ustedes corran y se esconden en silencio. Hacía tiempos que no subía por estas lomas, años, desde el día en que huimos

protegidos por un cafetal y su bisabuelo se nos murió por las heridas que le propinaron en esa tal guerra de los mil días; tantos muertos que me ha tocado enterrar en el camino; es mucho cuento que me quede este hijo mientras me muero, o me lo matan. Siempre está liso el camino, pero deja avanzar, menos mal; con estos zapatos me puedo resbalar; ustedes caminen lo más a prisa, que sus piernas los guíen, por mí no se preocupen que yo ya llegué, o estoy por llegar. ¡Cuidado se cae, Daniel, y coja la niña de la mano o ayúdele con el talego! En el cincuenta escapamos en la noche y con la ropa que teníamos puesta; yo con el nochero al hombro; en esta casa encontramos el equipaje de los que habían matado y no fue sino limpiar la sangre de la masacre y blanquear las paredes; hoy siquiera nos dieron tiempo de empacar para no pedir prestado. No se detengan; yo me saco una piedra que me está tallando en la planta del pie.

El hijo

Nos trajimos buena parte del equipaje con la ayuda de estas mulas, sólo dejamos las camas con las tablas; los colchones van bien amarrados. Apenas consigamos otra casa, aserramos unas varas y, mientras tanto, tiramos los colchones al piso. ¿Vamos los ocho?, porque, en la casa, yo como que sentía movimientos; serían los espantos de la masacre que contaba el viejo Ismael; los sorprendieron dormidos y los picaron a machete y no respetaron ni a los viejos ni a los niños. En esa mañana que mataron a mi abuelo nos tocó correr sin nada, ni siquiera nos quedamos para el entierro; dieron la orden de salida inmediata o seguían con nosotros y, en las afueras del pueblo, a mi hermano, el mayor, el tío que usted no conoció, le dieron y enfrente de todos para que nos convenciéramos que hablaban en serio. ¡Échele la carga para este lado!, se nos ladea y se rueda el animal y, para sacarlo de la cañada, no hay tiempo. Corra el colchón y apriete de nuevo y entonces, la mula, aunque trastabille, no se cae. Tanto enseñarle a amarrar una carga y ahora se le olvida; ¿será por el miedo que nos pica en la espalda? ¡Cuidado, Adela, con ese charco!, se cae con el niño y nos jodemos. Con este solazo nos vamos a tostar; encontraremos agua hasta bien abajo de la loma del chachafruto.

El perseguidor

Se fueron con la anciana; allá va cojeando Teresa, sin poder caminar, pero aguanta la vieja, vecina de mi mamá y como una segunda madre con nosotros cuando ella faltó. Van Miguel, Daniel y Lina; cómo está quedando de bonita la niña. Esta tropa detrás con las armas en la mano y el jefe pensando que están lavando los platos del almuerzo y es el momento preciso para cogerlos descuidados y tirarlos contra el piso. A estos, que están durmiendo recostados a la cuneta, les tocó vigilar durante la noche. Yo sí dormí a ratos, que era lo único que se podía porque tampoco nos vamos a dejar emboscar de los otros. El del costal a la espalda es Miguel, uno de los menores, debe ir sudando. Va siendo la una y media y pronto nos moveremos o el jefe lo decidirá para la tarde, cuando empiece a ventear; con el viento arden más ligero las casas. Se ve cansado, estará pensado en la mamá que la dejó agonizando; un cáncer la tiene reducida a la cama. De camisa roja, Javier; en vez de ponerse una verde para que no los descubramos; no caería en la cuenta; con las carreras en que se anda no se fija uno ni cómo va vestido, o no encontraría más. Jugábamos al regresar de la escuela y nos demorábamos en la fonda, esperando a que se fueran las muchachas; llegábamos tarde y mi papá me daba una tunda y gritaba que me iba a sacar de la escuela para ponerme a trabajar, a ver si así aprendía. Tuvieron suerte; alguien les avisó, para saberse quién; donde lo sepamos, no da un brinco. Ya el jefe está dando la orden de continuar con nuestro recorrido de sangre; no hay movimientos en la casa, y se ve que la cerraron bien. Esos martillazos sonaban en las puertas y ventanas y nosotros pensando que arreglaban el alambrado. Estábamos pisándoles los talones. Si el jefe monta el aparato es porque se lo piensa poner de frente al primero que encuentre o al que salga corriendo, como el que tumbó anoche. Hoy no ha gastado afán; esperó a que cayera el sol; también siente calor, pero se mueve como pez en el agua. Ayer sí nos hizo sudar. Las puertas están clavadas; no hay gente en la casa; los conté en la loma; primero, la anciana con los niños y, al inicio de la falda, Ruperto con el mayor, Adela y las bestias.

El viento

Ya se acercan; creerán que están en el interior, escondidos; las puertas trancadas por dentro para hacerlos demorar, tratando de abrirlas; mientras tanto, ellos logran esconderse tras la montaña. Yo estoy volando por las habitaciones, la sala y la cocina, sin hallar una puerta abierta para ausentarme. Una libra de arroz regada en el piso, con las carreras, y las sartenes que se les olvidaron en el fogón. Cómo es que me dejan adentro jugando con los tizones, prendiéndolos y apagándolos, y no se percataron de mi presencia; y ya con esta gente rodeando la casa, caminando por los corredores, recibiendo y dando órdenes con los fusiles montados para dispararle a lo que se mueva. Están por todas partes; pareciera que se multiplicaran para acorralar a sus víctimas. Mi padre me aconsejaba para que no entrara a las casas, si las de más abajo estaban ardiendo; él que se ha escabullido de guerras y guerras. No son capaces de verme; si queman la casa, me esfumo, me voy camuflado en el humo asfixiante que anuncia el destino de la muerte que se alarga.

El hijo

Al menos logramos huir a tiempo; no como los Muñoz que vivían a la vuelta; los sorprendieron dormidos y ni se dieron cuenta de lo que les pasó y para eso que nadie fue capaz de avisarles, aunque sabíamos que esa noche les caían. El vecino que dio un rodeo por la casa, antes del mediodía y con siete rastras de leña, en medio del susto, nos advirtió que de hoy no pasábamos, que nos fuéramos sin el equipaje porque estaban cruzando el río, y empacamos tan rápido como pudimos. Pero no alcanzamos a ver a tiempo el nochero de mi mamá y con estas carreras para desamarrar y volver a apretar, nos habían echado mano. Apenas tuve tiempo de clavar las puertas. Hijo, hágale otro nudo a la enjalma que esa mula no nos permite avanzar con la carga floja; al paso que andamos, nos van a dar cacería muy ligero. Ojalá que donde lleguemos encontremos coloca; o viajamos de una vez para Medellín a buscar a mi cuñado que construyó en una terraza y nos ha

insistido que en el tercer piso nos acomoda con unos sobrinos. Yo con una carretilla de aguacates me defiendo y usted, con una de tomates. Queriendo Dios, encontraremos trabajo; aunque no me amaño en esas calles atestadas de gente y de carros pitando en los semáforos. A él le toca duro, con las madrugadas para conseguir la legumbre y después a recorrer las calles, aún por la noche. Si escapamos de ésta, la semana de arriba buscamos por Andes o Betania; en este tiempo de cosecha hay muchas fincas desocupadas y por unos meses nos arriesgamos a temperar en alguna vereda. O ustedes se siguen para Medellín y yo me retraso y cojo la cosecha para ajustar un plante. ¡Déjela que ella sale sola!, no ve que si le pega, mete un brinco y se nos desnucan con el peso de la carga.

La madre

Continúen, pues, sin parar; yo me siento un momento. Si a mí me echan mano, ya estoy para morir; en cambio, ustedes están comenzando la vida y todavía les falta mucho. Uno tan vieja para qué corre; ya he vivido los años que deseaba y da lo mismo que me maten. Por el aguacatal vienen las mulas y los hombres detrás y mi nuera pegada de la cola, bregando a no caerse, con un bulto a la espalda y cargando a Manuel. ¡Dejamos el nochero!, ahora que me acuerdo; ese era el trebejo que me faltaba, a no ser que Ruperto lo haya amarrado a una de las bestias; apuesto a que se le olvidó; le había dado una lavada esta mañana y lo tenía secando en el solar de la casa. La misma vaina de años pasados, empacar para irse, no se sabe por qué, pero hay que huir antes de que lleguen. Estos caminos tan inofensivos y los cafetos tan calmados, sólo agitados en cosecha por el canto de los recolectores; el agua bajando y refrescando los cascotes de los animales que van al beneficio; nosotras en la cocina alzando las ollas para alimentar a los trabajadores; los cambuches llenos de gente, en la noche, o jugando cartas y dominó en el corredor, y la guitarra del viejo Rafael rasgando los bambucos. Siempre anhelamos las vivencias que no es posible llevar, pero lo que más falta me va a hacer es el nochero para guardar las fotos de mis muertos que aquí las traigo en esta bolsa.

El perseguidor

Alguien está escondido porque escucho ruidos. Nadie, los conté; los grandes subían por el camino, junto con los más pequeños. Una muñeca, un carrito sin llantas, un rompecabezas; los juguetes tirados; por el susto, no se acordaron de recogerlos. Partieron de una, según se ve; seguramente, alguien les avisó esta mañana y tuvieron que afanarse; si les dice desde anoche, habrían aprovechado la oscuridad y no se hubieran expuesto a la luz del día, y por esa montaña; si no es porque esta gente se detiene en el río, les habíamos echado mano y nada se había podido hacer. También dejaron el pilón; como pesa, qué se lo iban a llevar. El jefe da la orden de rodear la casa; ¿a quién?, ya van lejos y desde este alambrado no los vemos; estarán descansando al otro lado de la loma, por el chachafruto. Al amanecer, será decirle al jefe que nos devolvamos al corregimiento para que no los alcancemos; está creyendo que los acorraló adentro, que están en silencio, escondidos debajo de las camas. Ni los perros ladran, parece que nos conocieran; siquiera, porque me huelen a mí, que tantas tardes me sentaba a conversar en el corredor, de paso para mi casa. La última vez que me detuve, hará de eso tres meses largos y hoy vuelvo como un extraño; si estuvieran, no los conocía. ¡Cómo está de bonita la casa!, yo mismo ayudé a pintarla el año pasado para celebrarle los ochenta a Teresa; fina la vieja para subir esa loma con el calor del mediodía y un talego lleno de ropa. El año pasado se internaba en el cafetal y bajaba por la tarde con los cosecheros, como si nada, con el bulto de café a la espalda, la jícara al hombro y el canasto amarrado a la cintura. Tan acogedora la casa y para convertirla en cenizas. Algo raro se mueve en el interior; no sé qué es, pero tengo el presentimiento de que está buscando una salida. Serán las ánimas de los habitantes que mataron hará treinta años y de los que Ismael contaba historias de sus espantadas a medianoche.

El hijo

Por fin ganamos el filo para descansar a mi mamá; nos sentamos y continuamos en esta noche para entrar al pueblo temprano y pensar bien hacia dónde se coge. Esta herradura se aflojó; saque el martillo de la alforja,

yo la compongo; de lo contrario, tenemos que descargar los colchones y nos huelen el rastro. No ve que nos persiguen y nos queman vivos. Desde hace ratos estarán en la casa; esa gente camina que da miedo. Con tal de que no maten los dos perros que dejamos cuidando la casa hasta que lleguen a ocuparla. Y para que no permitan que se roben la cosecha, o se perderá; como están las cosas, va a dar lidia que se arriesguen vivientes por esta vereda. De todas maneras, la gente se está moviendo y hoy nos esfumamos nosotros y mañana vienen otros que también se tendrán que ir. Todos corremos hasta que nos coja la muerte en uno de estos caminos y nos toque el turno con los pies estirados para delante, como pasaron al compadre la semana pasada; ni modo de acompañarlos en esa pena; se daban cuenta y seguían con nosotros. Hay un resplandor abajo, en el llano; debe ser que la casa ya empezó a arder, o nos estarán asombrando. No, es la despedida del sol; me estaban engañando esas nubes rojas. Últimamente, queman las viviendas que encuentran a su paso. Y yo con la esperanza de volver algún día por si no quemaron los sembrados para recoger el maíz y el frijól, aunque se pierda el café.

El perseguidor

Nos tocará tumbar las puertas a punta de hacha. No se sienten pasos adentro, ni un murmullo, sólo el calor de los espantos o, por el olor, se les quedó prendido el fogón. El jefe nada que se entera; cree que lo están esperando o que los cogió descuidados como a los Martínez de más abajo; se estaban lavando los pies para sentarse a comer y ni siquiera les dio tiempo de morir con el estómago lleno. Eran conocidos míos; no hacía dos años habían llegado a vivir a esta vereda. Lo más seguro, se decide por quemar la casa; goza con la gente ardiendo y sin poder respirar; por lo que presiento, de esto está hablando con aquellos que son baquianos para echar candela, como si ellos nunca hubiesen vivido en una casa. Eso es, se fueron por ramas secas para prenderles fuego a los corredores, primero, y después que se queme la casa con el equipaje abandonado adentro. Hay que rogar porque no hayan olvidado muchas cosas. En esas dos mulas, que arreaban en la loma, siempre empacaron lo de más necesidad y a temperar al pueblo o pegarán para la ciudad, al

igual que los Gil hace un mes; al menos los pude alertar sin que estos se enteraran porque no estaría con los pies sobre la tierra.

La madre

Se nos olvidó el nochero, pero ya ni modo de bajar por él; si no lo queman, al sol y al agua se pudrirá o se lo comerá el rastrojo; con la lidia que nos dio traerlo de Pavón por aquellas travesías y andando en la noche; en el día no se podía caminar por los constantes bombardeos. Estaba amañada en esa casa tan grande; esos corredores para calentarme en las mañanas; los niños jugando y Manuel aprendiendo a caminar pegado de la chambrana. Ese resplandor debe ser de la casa; ojalá pudiera subir a la cuchilla, pero ya estoy muy vieja, y para mirar qué, las llamas y nada más, qué más se va a ver en la noche. A los niños se les quedaron los juguetes; los tirarían al fuego o estarán regados en la manga. No hubo tiempo de empacarlos, apenas cargar las mulas y arrancar. Siempre estoy cansada por la subida tan empinada; y yo pensando que ya me tocaría morir en esa casa, sin tantas carreras; quién sabe a dónde me mandará Dios a morir o la muerte me cogerá en un camino de estos y me dejará para sustento de los gallinazos.

El viento

No van a desclavar para sacar a las patadas a los vivientes; está ardiendo el entablado de los corredores; ni yo, que me cuelo por cualquier hueco, podré escapar. Será dar más vueltas; en alguna parte del zinc encontraré una hendidura; con el calor de las llamas, me convierto en agua y me evaporo; debo escurrirme antes de que terminen de pasar los vientos grandes; si no lo logro, es posible que me pierda entre las ramas de los cafetos. El fuego se siente afuera; están prendiendo más ramas en el corredor e insultando a nadie. Voy a dar vueltas y vueltas para espantar la candela hasta que caiga una tabla, entonces reviento de una y los cojo por sorpresa; creerán que soy gente y se agarrarán a dispararme. Los aleros están ardiendo, las puertas en llamas; las enjalmas viejas que olvidaron en las barandas, esas sí que alimentan el fuego; la paja arde más que los infiernos. Una vuelta más

a la espera de que se desprenda un pedazo del techo y a volar por entre el humo para unirme a los últimos vientos.

El hijo

Voy a subir al filo y no me demoro para que sigamos; no creo que esa llamarada sea de la casa; algo está pasando, el resplandor tuvo que haberse anticipado o es que a mi mamá ya le están dando vueltas las alucinaciones. Por el desecho llego más rápido y no me topo con ellos, en el caso de que hayan cogido por este mismo camino. No, la casa está ardiendo y una bola vuela prendida por las ramas de los cafetales; quién sabe que podrá ser; ¿sería que le echaron candela a uno de los perros?, pero no vendría por encima de los guamos, sino por el camino o haciendo travesías. ¿O será la bruja que nos molestaba y la candela se encargó de sacarla? Más bien, bajo; con esta oscuridad no se sabe para dónde cojan y, si pegan por esta loma, nos dan cacería al amanecer.

El perseguidor

La casa ardió la noche entera y con la claridad nos alejamos, sin escuchar gritos de gente; ya estaban lejos; sólo yo lo sabía y me lo tuve que tragar, de lo contrario, me hubiesen acusado de cómplice o sapo y me habrían quemado con el cancel de la pieza de las enjalmas. El arriero que les avisó se nos escurrió por el atajo para no toparse con nosotros en el río. Esta semana vuelvo por el nochero de Teresa, ya que no se les ocurrió tirarlo al fuego. Cómo hablaba de él; que era lo único rescatado de ese viaje del cincuenta, que su padre se lo había regalado en el día del matrimonio. Si alcanzaron carro en el pueblo, ya estarán camino quién sabe a dónde; no pueden permanecer en esta región. El jefe se detuvo a fumarse un cigarrillo y a pensar en la mamá que hace dos meses no visita por andar pacificando estos territorios. Lo único que nos tiene confundidos es el relámpago que a medianoche voló sobre el techo, como si fuera una bola de fuego impulsada por el diablo; no sabemos qué habrá sido; sentimos temor y nos tiramos para atrás, sin atrevernos a disparar, porque nosotros también vivimos con el miedo pegado a la espalda.

DERECHO DE NO SABER

Juan Camilo Restrepo Moncada

Porque el arte es una infancia vitalicia
Tomás Carrasquilla, *Ensayos*

A Julia

“¿Y por qué el viento sopla?”, me demandaba mi pequeño de cuatro años cuando gozábamos de una noche sin lluvia, frente al vasto océano de la isla de Providencia. Permanecí inquieto por tal cuestionamiento, ya que no tenía cabeza para responder algo sin decepcionarlo; pero recordaba lo insatisfactorio que se tornaba escuchar a mis padres, en la forma en que torpemente me persuadían. En aquel momento, ellos habían olvidado que yo nunca quería abandonar mis preguntas y por ello jamás me convencí de sus soluciones disparatadas.

Esperé pronto el olvido de mi chiquitín, pero parecía que necesitaba comprender con mucho afán eso desconocido; mi labor en ese instante fue vigilarlo, ¡poner mis ojos encima de él!, atendiendo a alguna de sus reacciones. ¡Si supiera que son todos estos qués y porqués los que me intranquilizaban y me mantenían en silencio! ¿Por qué lo uno y lo otro? ¡Bah!



De un momento a otro, y creyendo que mi hijo ya había olvidado toda mi jugarreta, atribuida, por supuesto, a mis temores e inseguridades, procedí a responderle a pesar del espanto que me causaban sus cotidianos cuestionamientos. Pero él, tuvo el gesto generoso de volver a expresarme: “¿Cierto que Dios es el que sopla el viento?”. En ese instante enmudecí, pero en mis adentros el caos por tales dudas retornaba hacia mí, desluciendo todo esfuerzo por lograr un buen trabajo. ¿Qué habría ahora de responderle? Acaso... ¡eso, eso era! No había caído en la cuenta que me reiteraba las respuestas a sus preguntas con otras que, tal vez de *a* oídas, cuestionaba e igualmente se contestaba.

Sentía que había llegado el momento oportuno para proceder de una forma correcta, pues estaba resuelto a satisfacer su duda con todo mi orgullo, creyendo en una genialidad que no me correspondía. Sabes —le dije— todo aquello que tú ahora alcanzas a ver, se ha dispuesto por parte de la Divina Providencia para que nosotros seamos capaces de disfrutar de su belleza y de la tranquilidad que ésta nos proporciona; además, pequeño, en casa no tenemos mucho de ella. Nuevamente me sobrevinía la preocupación: ¡no era aquello lo que deseaba responderle!

Sin embargo mi propia confusión ayudaba a que me airara más y más, y él ni siquiera había abandonado su pequeña y tortuosa pregunta. Gritaba en mis adentros; pero entonces encontré necesaria *una poca* de calma, evité cualquier actitud de desconsuelo. Me agaché de cuerpo entero y lo tomé fuertemente entre mis brazos. Ya casi decidido a darle una de esas lecciones paternales, de las cuales pocos se escapan, me interrumpió antes de instruirlo. Sujetó mi rostro entre sus manitas y luego me manifestó algo con tanto acierto, como si no existiera la más remota diferencia de edad entre un padre y su hijo. Muy seriamente resolvió y me dijo: “Tranquilo, Papá, es que tú también tienes el derecho de no saber”.



MONSTRUM HORRENDUM

Daniel Ruiz Sierra

...es ese monstrum horrendum, el hombre de genio sin principios.
Edgar Allan Poe, *La carta robada*.

Aquella noche de 19.., en casa de mi amigo Echaniz, aromas a tabaco e incienso llenaban el pequeño estudio y una melodía de Mozart parecía reinar sobre todo de manera sencilla, casi delicada. Bajo el humo de apariencia milenaria, se dibujaba una luz tímida y dos hombres, tal vez pensantes, tal vez dormidos o absortos; mi amigo y yo permanecíamos sentados en dos viejos sillones junto a la chimenea, cubiertos por la luz de las estrellas que, atravesando el techo de cristal, se reflejaba sobre los anaqueles atestados de libros que rodeaban el pequeño cuarto. Era una de aquellas noches claras de Bogotá, dominada por la luna llena, en las que se respira crimen y pasión. Echaniz sostenía su pipa perezosamente sobre el labio inferior y sobre sus piernas descansaba *Crimen y castigo*, que leía, según su extraña costumbre, con la cabeza levantada; de pronto alguien tocó a la puerta y al abrir me encontré con el rostro confuso de Hilario Bermúdez, investigador del Gaula. Me saludó presurosamente, penetró en la habitación y, dejando escapar un largo suspiro de desilusión, se dejó caer sobre el *chaise longue* que se encontraba en la pared opuesta a la chimenea. Echaniz apenas se movió y con tono tranquilo dijo: —Buenas noches, señor Bermúdez, sea bienvenido, a mi amigo Julio y a mí nos vendrá bien su compañía. Bermúdez un poco molesto por la poca atención que Echaniz prestaba a su premura, afirmó:

—Necesito de su ayuda al instante.

Mi amigo, notando la molestia del agente del Gaula, le pidió que expusiera el motivo de su visita. Hilario empezó un relato atropellado:

—¿Sabe usted, Benicio, que hace seis meses el Sr. Burgos, propietario de Inversiones Maltosarco, se casó en Cartagena con la señorita Alejandra Echevarría e instaló su residencia al norte de Bogotá?

—Sé muy poco al respecto pero sí tenía noticias de la boda, afirmó Echaniz.

—Bueno, la señorita Echeverría se dedicó maravillosamente a su labor de ama de casa, tarea que combinaba con la literatura y el estudio del hebreo, sus mayores aficiones. Pasados dos meses en perfecta armonía, la pareja sufrió un revés cuando se supo que el Sr. Burgos hacía algunos años había sostenido un romance del que ocultaba un hijo. Su esposa ya no podría confiar más en él.

Una mañana, unos días después, al despertar el Sr. Burgos, se halló solo en la cama y atravesó la puerta del estudio buscando a su esposa. Desde el marco de la ventana lo saludó un girasol fresco que descansaba en un pequeño florero azul cantando esa alegría con sabor a despedida que los caracteriza. En el aire nadaba aquel aroma dulzón de su mujer que lo transportaba al paraíso y sobre la mesa una hoja y una pluma, en ella estaba escrito lo siguiente en perfecto hebreo:

No soportó aquel impulso que lo acompañaba desde niño de tocar las letras y que era mayor ante aquellas tan misteriosas y tan semejantes a su Alejandra. Paseó lentamente sus dedos sobre ellas como si fueran el cuerpo tan amado; la tinta aún estaba fresca y se corrió bajo sus dedos, pero él ya sospechaba que su esposa había dejado la casa para siempre. Leyó:

Y uno aprende (Autor desconocido)

*Después de un tiempo,
uno aprende la sutil diferencia
entre sostener una mano*

הפלת מנחה לחול 106

תשבע כל לשון. לפניו יי אלהינו יברעו ופולו, ולבדו שקה יקר
יתנו, ויקבלו כלם עליהם את עול סלכותיה, ותמלוק עליהם מלכה
לעולם ועד, כי המלכות שקה היא, ולעלמי עד תמלוק בבבדו,
בכרוב בתורתה: יי ! ימלך לעולם ועד, ונאמר, ונהיה יי למלך על
כל הארץ, ביום היום והיה יי אחד ולטוב אחד: יי 106

אל תדא ספודי פראם, ומשאת השנים כי תבא: עני עניו ונפשו הרוי דבר ולא יקום,
כי יקום אלי: ובר וקנה את רוא, ובר שבת אתי אסכל, אתי עשיתי ואתי אשמי ואתי
אסכל ואמלטו: אך אדוקים דודו ולספר, ליבנו ישרים את ענה:

הפלת ערבית לחול

והוא רחום, יקבר עון ולא ישחת, ותקבת לקיים אמן, ולא תעיר כל
מקומו, יי ולשישה, המלך יאנו ביום קראנו:

שיר המעלות, ונהי ברוב את יי, כל עניו יי, העולם בבית יי בלילות: שאו
דכים קרשו, וברבו את יי: וברכה יי פיניו, עשה ששים וארין:
יקום ענה יי תדור, ובלילה שירה פשו, תפודי לאל בני: ותשועת צדיקים פני,
קעום בשת צדי: וקעום יי ולשלים, ולשלים מלשעים וישעים, כי חסדו בו:
יי עבדות עשנו, מששב קט אדתי יקב פלה 106: יי עבדות, אשרי אדם בשם
קד 106: יי רושעה, המלך יאנו ביום קראנו 106:

ותפדיל ותקדש שמה רבא, אמן בעלמא די ברא ברעותה ומלוק סלכותה,
ואצט פורקיה וקרב כשריה, אמן ברעובו וליזכרון וברחי דכל
בית ישראל, בעגלא וזמן קרב ואמר אמן: ודא שבה רבא מברך לעולם
ולעלמי עלמא, ותרדו, ורשבת, ותאמר, ותחזק, ותעשאו, ותחבר
ותעשה, ותחבר, שמה הרשע ברך הוא, אמן עלמא פן כל ברכתא
וישרתא, תשבתתא ותמתא, דאמרן בעלמא, ואמרן אמן:
106 וברכו את יי המלך: יי קיי ברין יי הפכודו לעולם ועד: ותעשאו:

ברוך אתה יי אלהינו מלך העולם,
אשר בדרך מעריב ערכים,
בחקמה הותח שערים, ובתבונה
משנה עתים, ובחלופה את הזמנים.

Separata literaria

*y encadenar un alma...
y uno aprende
que el amor no significa acostarse
y una compañía no significa seguridad
y uno empieza a aprender...*

*Que los besos no son contratos
y los regalos no son promesas
y uno empieza a aceptar sus derrotas
con la cabeza alta y los ojos abiertos...*

*y uno aprende a construir
todos sus caminos en el hoy,
porque el terreno de mañana
es demasiado inseguro para planes...
y los futuros tienen una forma de
caerse en la mitad.*

*Y después de un tiempo
uno aprende que si es demasiado,
hasta el calorcito del sol quema.
Así que uno planta su propio jardín
y decora su propia alma,
en lugar de esperar a que alguien le traiga flores.*

*Y uno aprende que realmente puede aguantar,
que uno realmente es fuerte,
que uno realmente vale,
y uno aprende y aprende...*

Y con cada día uno aprende

Al terminar la lectura, con dificultad por su escaso conocimiento del hebreo, su sospecha ya era certeza: era una nota de despedida. Descubrió la humedad de una lágrima sobre la mesa y pensó en la mirada solitaria que había acompañado a su esposa desde el escándalo, volvió a sentir su aroma y dejó que llegara para quedarse en su alma y en sus tuétanos.

Decidió guardar silencio al respecto para evitar un nuevo escándalo y buscar a su esposa para garantizar su bienestar. Pasó una primera

semana y nada sabía sobre ella. Dos semanas después el teléfono lo despertó muy temprano, del otro lado resonó una voz gangosa:

—¿Sr. Burgos?

—Con él

—Habla el agente Hilario Bermúdez, del Gaula, lamento informarle que hemos encontrado un cadáver que parece ser el de su esposa en la vía a la Calera. Lo espero en la morgue para la identificación a las 10:00 a.m.

Su corazón se heló; como pudo, masculló un “Gracias, allí estaré”, y dejó caer pesadamente el auricular.

Dejé escapar un suspiro, por fin habíamos llegado al punto, el crimen. Echaniz me miró como castigándome por despreciar los datos que ofrecía hasta ahora el relato y volvió a su estado de escucha somnolienta pero perspicaz. El relato siguió su curso.

El jefe de la policía de carreteras encontró el cadáver y dada la importancia de resolver el asunto, me fue confiada la investigación, aunque usted bien sabe que sólo me ocupó de casos relacionados con secuestro, pero ésta es una excepción necesaria.

Por eso fui despertado en mi casa temprano. Me dirigí a la Calera y, rodeado del olor de la lluvia, tomé el control del sitio e hice el levantamiento del cadáver. Luego llamé al Sr. Burgos. El cadáver se encontraba en un estado deprimente, el bello rostro lacerado y lleno de moretones, como si hubiese sido golpeado violentamente, alrededor de sus brazos y piernas mostraba las marcas de fuertes cordeles, igual que alrededor de su cuello, sus ropas se encontraban ajadas y rotas, todo indicaba la acción de violentos salteadores, un corto cautiverio y un trato brutal, obra de vulgares, sin duda. Además, el sitio en que se encontró el cadáver es el “basurero” habitual de las pequeñas pandillas dedicadas a asaltos y secuestros menores.

Más tarde en la mañana me encontré con el Sr. Burgos, en la morgue. Su impresión fue profunda, me suplicó que encontrara a los asesinos lo antes posible y me ofreció una tentadora gratificación. Le hablé de mis sospechas y él, por su parte, hizo un relato completo de la huida de su esposa, el cual ya les referí, sólo habría que agregar que sólo hablo sobre su huida con una persona, su confidente y que

extrañamente nunca recibió llamadas de los posibles secuestradores. Esto último me lo expliqué por la pasión que caracterizaba a su esposa, quien probablemente para proteger a su esposo no reveló su identidad y quizás por eso recibió tales torturas y una muerte tan violenta. No cabía duda, la señorita Echeverría había sido apresada alrededor de dos semanas por vulgares bandidos que, ante su negativa a hablar y ante el silencio de sus familiares, que la suponían, según informe de su esposo, ocupada en casa con la traducción de Borges al hebreo, desesperados la habían asesinado.

Con estas conclusiones arresté e investigué a todas las pandillas de la zona pero, aunque los sorprendí en delitos menores, no hallé ninguna prueba que los vinculara con el caso en cuestión, esta investigación ya se ha prolongado durante dos meses y aunque se ha llevado en total confidencialidad y la prensa no está enterada, la presión del Sr. Burgos, el Sr. Castillo y el Sr. Echeverría (padre de la dama), además de mis jefes, es enorme y empiezan a desesperar, por eso he acudido a usted, señor Echaniz, no hay un solo maleante en esta ciudad que no haya investigado y, francamente, ya no sé hacia dónde más dirigir mis sospechas.

Echaniz, aspirando el humo de su pipa, declaró:

—¿Ha considerado usted, Bermúdez, que estos casos de secuestro suelen involucrar personas cercanas a la víctima?

—Sí, pero no se trata de un secuestro cualquiera, sino de uno que terminó con un asesinato atroz.

—Se ha dejado impresionar usted por el carácter del asesinato, si de hecho se trata de un asesinato, y se ha olvidado que el móvil del asesinato fue el secuestro y por tanto para encontrar su sospechoso debe centrar su atención en el móvil del secuestro mismo. Le sugeriría que re-orienta su investigación en ese sentido.

Al pronunciar la última palabra, mi amigo dejó reposar sus ojos sobre el libro que aún permanecía abierto sobre sus muslos. Bermúdez entendió que era todo, dio las gracias, pidió a Echaniz le comunicara cualquier otra intuición y se marchó. Una vez salió, mi amigo me miró con los ojos llameantes y entendí que se había disgustado por aquello de “intuiciones”, nada más errado, se trataba de simples deducciones lógicas.

Entre sonrisas le dije que colocaría un letrero sobre su puerta que dijera: “Benicio Echaniz, Intuitivo Efectivo, ¡Consúltelo Ya!”. Fingió que no le hacía gracia y finalmente soltó una tormenta de risa, el fulgor abandonó sus ojos y volvimos a la lectura.

Después de una media hora de fingir leer cuando en realidad ambos reflexionábamos sobre el caso de la señorita Echeverría, mi amigo rompió el silencio y me dijo:

—Julio, quiero que investigues Inversiones Maltosarco, las relaciones del señor Burgos y su socio, cómo están distribuidas las acciones, quién puede estar interesado en comprarla o acabarla, etc.

—Moví la cabeza afirmativamente mientras anotaba y por la expresión de su rostro supe que no debía hacer preguntas.

Me dio las gracias y yo, notando que ya el sol reinaba sobre el techo de cristal, partí hacia la biblioteca y la bolsa de valores.

Regresé para el almuerzo con información suficiente y noté que Benicio no se encontraba en casa, arribó un poco después y me dijo que había visitado la morgue para examinar el cadáver, las marcas y moretones eran extraños, como si se hubiesen producido después de la muerte y la marca del cuello era particularmente fuerte. Yo por mi parte le referí lo que había logrado averiguar: el Sr. Burgos poseía el 52% de las acciones y el Sr. Castillo el 48% restante. Se rumoraba que el Sr. Castillo quería poseer la totalidad de la empresa pero aunque era un gran ingeniero su pasión por la poesía lo ocupaba la mayor parte del tiempo y no podría obtener las acciones de Burgos sino trabajaba mucho más duro. Por otra parte supe que Castillo obtuvo sus acciones a base de ingenio e intriga. Burgos también sostiene una sociedad con el Sr. Echeverría y cuando surgió el escándalo se rumoró que su matrimonio con Alejandra era sólo un pacto económico. Hace unos meses una multinacional ofreció pagar una enorme suma por Inversiones Maltosarco pero Burgos se negó a vender, aunque Castillo estaba entusiasmado con las ganancias. Una vez terminé de referir los datos, una mirada de satisfacción y suspicacia se apoderó de los hasta entonces reflexivos ojos de mi amigo.

Encendió su pipa y se paseó un poco por la habitación hasta detenerse en la ventana, observando las palomas en la fuente del parque, la gente, las tiendas. De pronto se volvió hacia mí y me dijo:

—¡Tome su abrigo Julio, daremos un paseo!

Sin preguntar nada, tomé mi chaqueta y salí con él. Una vez en la calle me informó sobre sus intenciones, le parecía muy extraño que el secreto de la huida de Alejandra se hubiese mantenido tan fácilmente en caso de que hubiera dejado de frecuentar sus sitios habituales. Por tanto visitaríamos al Sr. Burgos para informarnos sobre el itinerario habitual de su esposa y luego visitaríamos los sitios para cerciorarnos de que no la hubiesen visto por allí en las últimas dos semanas antes de su muerte y, si así era, conocer por qué no se habían alarmado.

Así lo hicimos y, ¡vaya sorpresa! Hasta cuatro días antes de que encontraran el cadáver de Alejandra, la señora había cumplido rigurosamente todos los días su itinerario y siempre acompañada por un hombre de color que presentó como su chofer. Obtuvimos una descripción completa del negro e incluso su nombre: Indalecio Mosquera. Debíamos encontrar este sujeto. Un poco de investigación reveló que dicho sujeto, que realmente se llamaba Dionisio Fonegra, había volado a Jamaica con un pasaporte a nombre de Carlos Gutiérrez, un mes después del asesinato. Su boleto lo había comprado la Fruit Export S.A, la cual con un poco más de investigación reveló cierta vinculación con el señor Castillo. Teníamos al secuestrador, un hombre realmente brillante que movido por el deseo de vender Inversiones Maltosarco había aprovechado la huida de Alejandra, de la cual sólo él y Burgos sabían, para secuestrarla sin ser perseguido, la tendría en cautiverio mientras obtenía de ella las claves y datos necesarios para quedarse con las acciones de Burgos, luego la liberaría amenazándola, nunca se sabría de su acción y podría quedarse con la empresa y venderla a la multinacional. Además, se había asegurado de que Alejandra siguiera su vida normal para que nadie preguntara por ella.

Aún no era claro cómo un hombre tan brillante e inclinado al refinamiento artístico había podido cometer tan atroz asesinato y además propiciar tan violenta tortura en sólo cuatro días (tiempo que había durado la ausencia de Alejandra de su vida normal antes de que encontraran su cadáver). Para aclarar esto era necesario un examen detallado del cadáver. Llamamos al Dr. Martínez y partimos con él hacia la morgue.

En la morgue nos esperaba una nueva sorpresa. El Dr. Martínez examinó cuidadosamente el cadáver y después de un tiempo declaró: la marca del cuello es particularmente fuerte, se le debió aplicar un peso/fuerza aproximado de 100 libras, las demás marcas o equimosis se deben a fuertes golpes (traumas) con un objeto contundente que fácilmente podrían ocasionar la muerte si, además, consideramos que todos fueron propinados el mismo día y con certeza el día mismo de la muerte, pues todos guardan el mismo tono morado. Si se hubiesen propinados en distintos momentos su tonalidad variaría de morado a verde, a amarillo de acuerdo con el tamaño del impacto y el efecto de la circulación y el tiempo. Si todos conservan su tonalidad inicial quiere decir que la circulación no tuvo tiempo de variar su tonalidad.

Regresamos a casa de Echaniz, en la puerta esperaba angustiado Bermúdez, había pasado una semana y no lograba nada, mi amigo lo hizo pasar, sirvió unos tragos, se sumergió en su sillón y con voz tranquila declaró:

—Mi querido Bermúdez, puede usted calmarse, pues ahora me encuentro en condiciones de decirle quién ha sido el secuestrador y también puedo afirmar que no se trata de un asesinato sino de un suicidio.

Cuando dijo suicidio, Bermúdez y yo abrimos los ojos desconcertados y nos enderezamos en nuestros asientos. Continuó: —Le diré que el secuestrador es el Sr. Alfonso Castillo, socio minoritario de Inversiones Maltosarco (esta fue una sorpresa para Bermúdez, pero no para mí), los detalles los encontrará en un informe que gustosamente escribiré para usted, Julio, una vez terminemos esta conversación. Procederé entonces a explicarles a ambos el asunto del suicidio.

Si tenemos en cuenta el carácter literario de la sra. Alejandra Echeverría de Burgos, no nos será difícil imaginar que estaría dispuesta a dar su vida por salvar a su amado de la ruina y además debía hallarse muy deprimida en tal cautiverio, dadas estas circunstancias el suicidio es una consecuencia simple. Si aceptamos este hecho debemos entonces explicar los golpes y el que se haya abandonado el cadáver en la Calera.

Una tarde después de que el sol y la mar se unieran contradictoriamente en el atardecer, Castillo llegó al apartamento donde mantenía a Alejandra custodiada por el negro, al entrar en su cuarto se encuentra con la mujer colgada del techo por el cuello (lo que explica las 100 libras aplicadas para producir la marca del cuello), astucias de la vida, su plan falló. Ahora debía planear la manera de no ser descubierto. Conociendo sin duda los procedimientos policíacos, fraguó su plan. Debía aparecer como un crimen vulgar, eso alejaría toda sospecha de él. Dio órdenes a Dionisio para que la golpeará, la atara con fuerza y la arrojara a la cuneta en la Calera, todo esto le parecía poco estético, ante todo por oponerse al valor trágico del suicidio por proteger al amado, pero no había otra opción. Este procedimiento explica por qué las marcas no cambiaron de color pues cuando se ocasionaron ya la sangre había dejado de correr por el cuerpo de la bella y dulce Alejandra.

Hilario Bermúdez se puso de pie con una gran sonrisa de satisfacción en el rostro, le extendió un cheque por una suma generosa a Echaniz, estrechó su mano agradecido y empezó a caminar hacia la puerta. Echaniz le dijo:

—Dese prisa Bermúdez, pues ante este *monstrum horrendum* de Castillo no pude evitar enviarle una nota desde la morgue, debe estar preparándose para escapar.

La nota en cuestión decía lo siguiente:

Sr. Castillo es usted un digno oponente, no ha perdido la perspicacia con la que logró engañarme años atrás en el asunto de la Federal Banana Crops, pero esta vez el bien y el amor de la señora Alejandra han vencido a la bestia. En adelante tenga *cuidado, el mundo es irónico y los gatos negros, que conocen la totalidad, aunque pocos, rondan por doquier. Una última recomendación de un viejo enemigo: si algún día sale de prisión procure enamorarse de alguien o de algo, eso lo hará bueno; "Aquel que camina una sola legua sin amor, camina amortajado hacia su propio funeral"* decía su colega Whitman.

Benicio Echaniz

VENDEDOR AMBULANTE

Aymer Waldir

Me molestó que me dijera eso de la invasión del espacio público, ¿invasión?, que palabra tan fea. En el cartón yo llevaba mercancía, pero le solté que era un distribuidor, para empresas multinacionales, de productos de alta rotación. Era un chiste, pero lo miré desafiándolo. No se inmutó. ¿Cuál ambulante?, le insistí, soy permanente. Permanezco en este semáforo desde hace quince años. ¿Qué? Gracias, claro que acepto, vamos pues. Soy permanente le dije, la que pasa es Medellín; yo sigo estable aguantando y rebuscando. Provisional será aquel de los helados, que ayer vendía chicles, anteayer lavaba parabrisas y la semana pasada vendía *bonais*. Tengo sitio fijo. No se inmutó, me quitó el plante. Quedé con esta cajetilla de cigarrillos para menudearla entre los que pasan y los taxistas: el servicio a bordo. ¿Usted es escritor?, ¿de qué periódico?, ¿independiente? mejor dicho: otro desempleado. Bueno, vamos, no hay problema: a lo que quiera invitarme. Usted es el que paga. Entremos a ése. Muchos de mis clientes salen de tomar café acá y van directo a comprarme. Después del tinto, cigarrillo. ¿Quién atiende? Caramba. Hay que aprovechar que me dejaron entrar. Porque vengo con usted, de otro modo me sacan a sombrerozas. ¡Servicio! Dos jugos de naranja y cuatro panes. ¿Usted también quiere algo? ¿No? Déjese atender. A los escritores también les da hambre. Si escribe un cuento de esto, le cobro los derechos de autor. Mentiras. Yo también podría escribir si me lo propusiera y tuviera tiempo. Podría, del verbo



podrir. Como le decía: eso es lo que hay que aguantar con los agentes que custodian el “espacio público”. ¿Es que yo no soy público?, ¿o el espacio es sólo de las empresas privadas? De haber nacido en otro país yo no andaría en éstas. De niño decía que cuando grande quería ser extranjero. Allá tienen educación, salud asegurada... y el resto: papita para el loro. Aquí no hay oportunidad. Capacidades son las que tengo. Fíjese no más la capacidad de aguante. Pero estoy en desventaja. Cada día empezar de

cero, buscando los tres golpes, si tuviera al menos el desayuno asegurado. Como hoy. ¿Va a publicar todo esto? Escriba, pues, ¿o está grabando? ¿Quiere pan? Está caliente. Claro, llevan calentándolo como tres días. Es broma. Parece recién horneado aunque el jugo sabe a enjuague de licuadora, a fruta no. ¿Seguro que no quiere? Usted se lo pierde. ¿Ya publicó algún libro? Buen título. ¿Sí los vendió todos? ¿Y de qué vive, entonces? Usted siquiera. Yo me conformaría con haber cobrado sueldo de hijo, al menos hasta los doce años. En agosto cumplo treinta y cinco de edad, veintinueve de trabajo, ya es tiempo de tramitar la pensión, ¿no cree? Eso, ríase. Hay otros que la tienen peor, yo soy afortunado. Al menos vendo mis cosas en este semáforo de la Oriental. Cada que puedo. Claro, usted más afortunado. Cualquiera que tenga un billete de esos. ¿Aquí sí tendrán devuelta? Si quiere yo voy y se lo cambio con el chancero. ¿Desconfía? Entonces la cosa es mutua. Ojalá salga algo bueno de lo que le conté allá afuera. Tema sí tiene, falta ver si también talento. Terminemos ya, que estoy perdiendo clientela por estar conversándole aquí tanto rato. ¿No va a preguntar nada? ¿Qué va a escribir, pues? Bueno, gracias por el desayuno. ¿Vuelve mañana? ¿O con esto ya tiene la historia? No, por nada... no más para que conversemos. Es que usted habla muy bueno. Acépteme este cigarrillo a cambio. ¿No fuma?, ¿entonces qué vicio tiene? Bueno, adiós pues, ¿nos vemos?, nos vemos en el espejo, será nos veremos. Y eso que tampoco. No creo que vuelva a verlo, pero ya sabe dónde encontrarme. Boro, boro, Marlboro.

POEMAS

Ignacio Javier Beetar

Para Edna y Salvador

APRENDIZAJE

Llegué a esta ciudad con tres o cuatro mudas de ropa
y unos cuantos libros.

Antes amaba tener cosas.

Las deseaba y en la medida que podía las poseía.

Antes no sabía que afuera la vida arde y arde.

Antes no cantaba canciones.

El dolor de cabeza me acompañaba constantemente.

Pero no lo percibía.

O me hacía el de la vista gorda.

Y aquello era comprensible.

Mis canciones eran frías y desentonadas.

Mis canciones no eran yo pero lo intentaban.

Separata literaria

Llegué a esta ciudad con algunas mudas de ropa
y unos pocos libros.

Pero antes de eso conocí a un par al que todo le daba igual.

Gente que vivía al filo de la cordura.

De lo que habían leído recordaban muy poco.

Y a su paso dejaban una huella de fastidio que aprendí
a seguir instintivamente.

Nunca lo dijeron.

Pero sabían que lo más valioso es lo que con mayor urgencia
debe olvidarse.

Se deshacían de libros y música con la misma naturalidad
que odiaban y reían.

Y sus canciones eran hermosas.

Y sus voces sublimes y afiladas.



Estos son los días que me han tocado
y para los que aún no estoy listo.
Pero soy algo persistente
o algo idiota.
Tengo tantas fotografías viejas de mujeres que he amado
y ahora no sé qué hacer con ellas.
En las mañanas salgo a recorrer las calles
mientras fumo cigarrillos baratos.
Veo mujeres por todos lados.
Presas magras contoneando las nalgas.
Entonces me detengo en una estación del metro,
abro la billetera, y saco tantas fotografías
que hasta yo mismo me asombro.
Tantas tipas en mi vida
y sin embargo ahora estoy aquí, caminando a solas.

Las mañanas son frías y tranquilas.
Los niños ríen y un borracho canta un tango.

Mi corazón late a la velocidad de las motocicletas.

Una vez conocí a un tipo que se había vuelto loco
después de haber encontrado a su esposa haciéndole sexo oral
a su mejor amigo.
Él, como aquel borracho, cantaba día y noche
en la vía pública.

Separata literaria

Pero sus canciones eran alegres.
Su sonrisa era honesta o me lo parecía.

Mis mujeres se han ido pero pienso que algo bueno deben haber hecho
porque en mi rostro siempre hay una sonrisa.

Y me digo que en este mundo todo cuenta
y que de vez en cuando hay que hacerse el de la vista gorda
antes de mirar al amor a los ojos.

Pero al rato olvido aquello y vuelvo a las fotografías
justo cuando el borracho empieza a cantar una de esas buenas tonadas
que nunca he podido aprenderme de memoria,
y empiezo a recordar a Marlyn, Edith, Martha y las otras.
Las nombro una por una y hago una lista enorme en una libreta.

Miro sus fotos
antes de regresar a casa.

Mi corazón ya no late a la velocidad de las motocicletas.
Mi corazón se ha vuelto un cenicero lleno de recuerdos.

Hoy encendí el televisor y todo cuanto vi
me pareció desagradable.

En un canal pasaban a un niño iraquí
con el cuerpo quemado.

En otro, una foca trataba de hacerle el quite
a las garras de un oso polar.

En el tercero, una antigua actriz y modelo rubia
hacía cualquier estupidez para bajar de peso.

Afuera mi vecina gorda se besuqueaba con un tipo flaco
de bermuda y camisa guayabera.

Adentro...

bueno, adentro cada cosa seguía intacta,

o por lo menos eso creía cada vez que pensaba en Salinger.

Sabía que podía apagar el televisor, bajar las escaleras del edificio,

llamar a mamá o a mi hermana

y preguntarles cómo las trataba Cartagena.

Sabía que podía hacer muchas cosas,

pero como ya dije, pensaba en Salinger.

Mi soledad empezaba a tener sentido,

a llenarse de significado.

Y no era por la ausencia de voces

gestos

o canciones.

Separata literaria

No podía ser así porque era justamente eso
lo que aún me mantenía en pie.

Sin embargo, y contra todo pronóstico
(porque a decir verdad amo ver televisión),
salí a dar un paseo;
y así, de repente, se me ocurrió que quizá
a Salinger también le agradara salir en las noches,
vestido con gabardina y un sombrero anticuado.
Si estuviera en lo cierto
podría ir hasta Cornish, New Hampshire,
interceptarlo en uno de sus paseos y darle un abrazo.
Invitarle un trago y decirle que como él, amo las noches;
y que algo dentro de mí también se ha roto.

ES UN BUEN EJERCICIO ÉSTE DE MIRAR EL CIELORRASO

Sobre todo cuando se tiene una ventana pequeña como la mía.
Pero no me gusta mirar las nubes ni las estrellas.
Por eso siempre trato de clavar los ojos en el extremo que linda con
la pared.
Es un buen ejercicio cuando nadie te interrumpe con una llamada
telefónica.
Sin embargo mi novia siempre llama a estas horas.
Saluda alegremente y empieza a hablar de anillos de compromiso.
De lindos y caros anillos de oro blanco.
Piezas de compraventa que tiempo antes alguien puso en los dedos
de otras manos.
Más efectivos que un bozal o una cadena.
Más miserables que un matrimonio por la iglesia.
Y ella habla de sus amados anillos mientras yo sigo mirando
los bordes del cielo raso.
Y a veces me topo con una lagartija pequeña
que anda en busca de arañas.
Entonces lo del anillo me parece hartoo gracioso
y sonrío como un idiota, y le digo que sí a todo lo que
ella pregunta.
Y afirmo con la cabeza cuando me dice que ya estamos muy viejos para
noviazgos, que nuestra situación la está hartando;
y yo no dejo de sonreír y afirmar con la cabeza,
no por lo que dice ella, sino porque descubro que al fin la lagartija

Separata literaria

ha encontrado una presa.

No será una mosca ni una araña, pero algo es algo.

Mi novia me cuenta que esa tarde se midió unos catorce anillos de oro blanco; que recorrió casi todas las casas de empeño del centro.

Y yo vuelvo a sonreír y a decirle que sí a todo,

mientras veo cómo la miserable lagartija se traga las costras de pintura que cuelgan en la pared del departamento.

Juan Felipe Cano

Palabras que en otro tiempo
Son nuestro puente
Hoy son nuestro abismo

Vienen de ajenos
Dique de imágenes

En el salto de
Onda a onda
La mirada se desvía

Encuentra recompensa
Pasajera
Para su hambre
Que tal vez sea
Sólo suya.

PAUL CELAN

Rostro de piedra

Me miras y

De repente

Sonríes

¿Por qué tan vagamente

Se me muestra

Tu imagen?

Sobreviviente corazón

Grano a grano

Das figura a

Tu dolor

Mientras yo

Temeroso

Escucho tu poesía

Como el canto

De un dios herido

En el ojo hay

Una eterna lágrima

En cuyo cristal

Se reflejan

Tonalidades móviles

Del amarillo al rojo

Oído que sigues
Portal del templo en ruinas
En que habitan
Voces
Siempre llanto
Siempre grito

En la boca
La palabra rocosa
De desgarrado amor

La mano
Mezcla de
Lágrima y sangre

Corazón de arena
Arrojado al río
Para diluirte
Allí disperso
Se dibuja sin embargo
Un signo inmortal
Memoria

Rostro de piedra
No dejes de mirarme



Juan Esteban Londoño

PACHAKUTI: EL DEVENIR DEL TIEMPO NUEVO.
RE-LECTURA ISAÍAS 11:1-16 A PARTIR DE LOS
PUEBLOS DESARRAIGADOS

La niña pequeña con rostro de colibrí
Camina por las terrazas continentales,
Y encuentra harapos entre piedra y piedra.
Gotas de sangre que aún riegan nuestra tierra,
Espíritus ancestrales que se vuelcan hacia el maizal.
La niña pequeña llora, porque no hay camino que la lleve al otro lado del desierto.
La serpiente se desliza entre los pies
De los que han tejido de memorias nuestra casa,
Y refresca el canto de la rabia,
El albor esperanzado de la mañana,
Las ruinas de nuestros pueblos ante la calma,
Del árbol humeante del que brota una raíz reverdecida.

Los africanos desembarcaron en Cartagena
Ajenos a la vida, hundidos por meses en su propia caca.

Cadáveres a lado y lado. Tal vez princesas
Y niños-cebra que antes corrían con los antílopes.
Caminando, atravesaban el borde del Pacífico.
Cae uno. Dum. Cae otro. Dam. Bangala. Moyombe Bombe.
Queda en el camino la mujer a quien amé,
Muere de enfermedad el príncipe de mi cuerpo enmascarado.
Y llegan al Callao, cansados de este morir.
Destinados a perder su elefántico marfil. Anclados a la puerta de la tierra.

Fueron traídos a ocupar puestos de fantasmas,
Ahora Achachilas, que una vez poblaron de maíz
El Tawantinsuyu; Abya-Yala. Ahora van a recibir
En Wiñay Marka los cadáveres de las niñas negras
Que desaparecen en los ríos desconocidos.
Achachilas, portadores de Jaguar.
Hechos polvo. Hechos ancestros.
Desheredados. Mera fuerza de trabajo.
Un idioma enajenado.

Unos pueblos olvidados.
La serrana negación de la vida humana,
Las cosechas se han perdido,
Los idiomas han menguado,
Somos tierra aunque sea sometida a la industria.

Separata literaria

...Silencio continental...

Un brote desde las selvas

Arrastra sierras y mares al viento.

Raíz de esperanza, movimientos de reptil,

Se mueven subterráneas las aguas turbulentas,

El cultivo de nuestras papas da a luz nuestra nueva tierra...

Pachakuti: retorno cósmico de la vida.

Tierra nueva. Éxodo masivo hacia lo material.

Las enredaderas vuelven a tejer nuestros desiertos,

Los caminos del maíz atraviesan nuestras selvas,

Y la niña pequeña camina, Con su rostro de colibrí,

Echando semillas sobre el pavimento

Que perforan las calles y los edificios.

Brota de la raíz de nuestros pueblos,

Una nueva flor de amapola y amatista

Que crece rápidamente para reverdecer esta incertidumbre,

Para labrar caminos de campesinos, nuevos cielos, nuevas tierras,

Nuevos cantos de liberación.

Se hundén los corsarios.

Se mueren los críos blancos.

Se espantan los hombres-caballo.

Y festejamos enmascarados.

Pintados de llamas y cebras ancestrales, nos confundimos.

Hombre-Negro, Mujer-Negra.

Runa-Jaqi, aún esperan los achachilas. Un poco más.

El devenir del tiempo nuevo pasa por la justicia hasta la paz.

Pastorearemos leonas con llamas.

Dormiremos afuera, bajo el techo cósmico de nuestra casa.

Mestizos, nacidos del desencuentro.

Siembren sus fusiles, que servirán de azadones.

Hombres-nuevos-mujeres-nuevas-creación-nueva

¡Resurrección!

Danza-celebración-Espíritu-transformación

Somos los constructores-las tejedoras-de la liberación.

Abya-Yala: nuevo éxodo, armonización, nueva distribución.

Notas

1. Achachila: ser divino, espíritu protector, alma de los cerros elevados, en la concepción andina.
2. Pachakuti: vuelta del universo, cataclismo cósmico.
3. Wiñay Marka: la nueva tierra eterna.
4. Abya-Yala: nombre que dan los aborígenes a nuestro continente.
5. Runa-Jaqi: en quechua y aimara, el ser humano.

Eduardo Martínez

PRELUDIO INSUFICIENTE

Al azar

He estado perdido tras miles de mundos submarinos,
He vivido ciego miles de años,
Estoy acostumbrado a que mi cuerpo sea uno con su sombra,
Mas ahora, cansado de estar perdido, cansado de no poder ver, deseo
alejarme de mi sombra para que mi cuerpo pueda vivir como debe.
Una vez decidí cerrar mis ojos por siempre, pero hoy, hoy deseo abrirlos
de nuevo y encuentro un infierno de imposibilidades.
Algunos se preocupan porque no ven bien o porque no ven lo
suficiente; yo pienso que es mejor no ver, ya que el mundo realmente
es submarino y ahora que deseo dejar de nadar, me doy cuenta que el
sentido humano es ahogarse.
Ahogarse en letras, en tinta, en óleo, en destino, en amor.

Antes de que pudiera verlo, me di cuenta de que no tenía ni el poder
ni el sentido suficiente para hacerlo; entonces desistí de la idea y
cerrando mis ojos cerré también el cofre que contenía dentro el objeto
deseado. Nunca fui capaz de enfrentar mi destino y ésta no sería una
excepción.

Antes salía a caminar pensando en la manera de encontrar aquel objeto
que al final me cegaría aun sin verlo; cuando tenía algo en mente, me
sentaba en alguna parte y escribía las posibles formas de culminar mi
búsqueda; sin embargo el viento, inquietante, desordenaba mis hojas o
cerraba mi cuaderno indicando que tal vez no debía hacerlo.

Caminando por un lugar sin nombre, pude darme cuenta de que mis pasos se quedaban olvidados en el pasado y que me hallaba únicamente acompañado por mi sombra. Algunos me han dicho que no puede caminar tanto, que realmente el mundo está hecho para sentarse o quedarse de pie. Yo les he dicho que me gusta caminar, que soy demasiado volátil para sedentarizar mi existencia. Ellos han replicado diciendo que al mundo no le gusta que caminen sobre él; quien camine —dicen— está condenado a vivir entre la sombra y el cansancio.

Estuve largo tiempo pensando en sagradas necesidades y me di cuenta de que no tenía ninguna; muchas veces me he dicho que tengo un destino magnífico, mejor que el de cualquier otro, que tengo la palabra como instrumento... pero nada de aquello es cierto y mis palabras están vacías, no tienen ninguna necesidad y parece que mejor fueron hechas para demostrar la inexistencia de sentidos en mi vida. Pienso algunas veces que debo darle un sentido a mi vida, seguramente he buscado sentidos donde esta palabra es totalmente desconocida. Habrá que buscar de nuevo en otros lugares; he escuchado el llamado pero fui donde la voz tan solo es un eco sin importancia; tendré que encontrar el verdadero sonido; tal vez de esa manera encuentre mi destino.

Le temo a mi sombra, está más atrás de lo que debe, me jala todo el tiempo —quiere llevarme— y yo que ahora deseo ver claro. La vida debe ser un lugar lleno de valores resplandecientes, mi vida debe estar en la tranquilidad de las nubes.

El fracaso suele ser el sentimiento más próximo de los hombres elegidos para grandes futuros, ellos, dotados de una mente extraordinaria, por desgracia tienen la desventura de ver mal y hablar poco.

Separata literaria

Perderme sería al fin encontrarme.

Siempre he pensado que el mundo gira alrededor del sol, sin embargo realmente el mundo gira alrededor de la luna, va tras ella persiguiéndola.

Y las palabras eran pajarillos que se perdían en el viento,
Y la vida era un pernicioso aroma que iba tras los sueños,
Y las palabras, y los vientos, y los suaves ecos de aromas perdidos,
Eran silenciosos sonidos que se iban con el tiempo.

Hoy busqué el mundo, pero me di cuenta que no hay mundo que buscar, mejor hay que perder mundo. Pues buscando el mundo tenemos la idea de encontrarnos y tal vez más que encontrar, para hallarnos, debemos perder algo.

Ir a algún lugar,
Quedarme en alguna parte que no me pertenezca y permanecer
callado escuchando el viento, el susurro de los árboles, el movimiento
de las hojas, mis pasos sobre el suelo.
Y después...
Perderme en el lugar de alguna parte con el viento y mis pasos y las hojas,
Y navegar tranquilo por lugares desconocidos, insuficientes, arcaicos
Y volverme ciego sabiéndome perdido en algún lugar, uno donde se
pierdan mis pasos entre el viento y las hojas,
Uno donde se pueda sentir escuchando, y mi cuerpo intranquilo diga
siempre que no existe.

Preludio insuficiente

Hoy canto a la soledad y la desgracia,
A la perturbación de mis instintos y mis modales,
Al derrocamiento de las formas adecuadas de hacer las cosas.

Canto a mi vida, ingrávida y maléfica,
Al odio y al temor, punto de partida de mi existencia,
A las nubes y las miradas,
A las perdidas siluetas del universo,
Al movimiento de los árboles y demás cosas inmensas:
Desearía ser quien las mueve.

Canto al rito y a la persecución improvisada de las gotas, de las hojas,
de las armas, de los dolores de cabeza, de la memoria.

Hoy, hoy canto para que nunca más sea hoy,
Para que se destruya el eterno ayer:
La remembranza insignificante de todos los olores, de todas las
pasiones, de todos los colores, de todos los dolores.

Pero mañana, mañana despediré a mi vida que nunca fue y nunca vuelve,
Mañana embriagaré mi existencia con suaves aromas que aún no existen,
Mañana destruiré el tiempo que tan sólo es un sirviente más de la
insensatez, de la insensatez ambigua y dolorosa de todas las formas.

Hoy, hoy canto a la penumbra y la soledad de todos los instantes,
Al cigarrillo y al humo que se lleva el viento,
Pues yo también quisiera dejarme llevar por él.

Miguel Matilla

MANIFESTACIÓN

No a la guerra, no en nuestro nombre.
No a la guerra, no en nuestro nombre.
No a la guerra, no en nuestro nombre.
No más sangre por petróleo.
No más sangre por petróleo.
No más sangre por petróleo.
¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Asesinos!
Aznar, si quieres petróleo recoge chapapote.
Aznar, si quieres petróleo recoge chapapote.
Aznar, si quieres petróleo recoge chapapote.
Esto nos pasa por un gobierno facha.
Esto nos pasa por un gobierno facha.
Esto nos pasa por un gobierno facha.
CON ESTE GOBIERNO VAMOS DE CULO
CON ESTE GOBIERNO VAMOS DE CULO
CON ESTE GOBIERNO VAMOS DE CULO
¡Dimisión! ¡Dimisión! ¡Dimisión!
Ito, ito, ito, que vaya el principito.
Ito, ito, ito, que vaya el principito.
Ito, ito, ito, que vaya el principito.
Vosotros fascistas sois los terroristas.
Vosotros fascistas sois los terroristas.
Vosotros fascistas sois los terroristas.

Julián Camilo Ospina

Hoy, en el amarillo domingo que es mi vida
Se prolonga el cansancio.

Arrastro en los pies al bloque de la noche
En que pernocté sentado entre risas ligeras
Y graves silencios ruidosos.

Pensé en la carne y su perfume
Pero le dije: No, mi intención no es conquistarte.
Me extenúa soltarte unas palabras,
Entregarte una atención alrededor de mi deseo.
No soy animal que merodea su presa,
No tengo ahora fuerzas vitales sino para callar
Y fugarme de tu grosera tentación ingenua
Como una manada de búfalos al escuchar
El disparo del cazador.

Si quieres tómate otro vino,
Fúmate uno más,
Baila ese fondo, abre el esplendor de tus ojos
A la llama que te guiña, si quieres.
Pero no me exijas ni me persigas,
Que a esta hora alta,
En esta larga batalla, a la luna en punto

Me embriago de paleolítica amargura
Comienzo a convertirme en piedra
Con alma de tigre, con savia de agua
Y pensamientos herrumbrosos.
A lo lejos se corre el telón
y adentro, en la escena, mi selva
La espesura que cierra mis labios.
El frío en tinieblas,
Es mi soplo, mi vacío, mi forma oscura
de acariciarte
Libre de adulación y máscaras.

Si quieres tómate de otro vino,
Acuéstate en mi pecho,
Ora, olvida y desángrate en sueños. Si quieres.
Pero no me incites hacia ti,
Que no es ni tu cuerpo sacral,
Que no eres tú. —Ni soy yo—.
Amordazado por el éter,
No resistes, al fin, el viento que grito
Y la presencia tristeza que te desnuda.
A qué rendirle halagos a tu belleza
Si son frágiles tus labios
Para beber de la copa quebrada
En que se sirve mi soledad.
Y el fuego especular,
La remota naturaleza y espanto
en que te quedarás cautiva, sacrificada.

FRAGMENTO DE ALGUNA CANCIÓN DEL EGO

Luciferino, noctívago

Prometeico yo

¡Yo siempre!

Con carcajada de marfil

Desfachata y sarcástica

Dentro de este cuarto oscuro

En los sueños

Acaso

Estelífero.

Nemoroso, deseoso

Olímpico yo

¡Yo siempre!

En angélica caverna

Alas quebradas

Como pedazos de espejos rotos.

Tormenta de mercurio

Al fondo del pozo arrojada.

Vano, laberíntico,

Onanista

¡Yo siempre!

En las ramificaciones agoniza la fiera.

Alrededor del árbol

Ríen las hienas,

Sopla la luna helada.

Como los árboles cuyos frutos

pudren y devoran las raíces de polvo.

Como los árboles, las arborescencias.

Pero abisal, legionario,

Andrajoso y beligerante

¡Yo, siempre yo!...

Y un poco de asco.

Daniel Ruiz Sierra

DIOSES

En la mujer y en el viejo
que es un hombre preñado de mujer,
si se quiere pasado por mujer,
/como cuando dicen las señoras: pasado por agua./
El viejo
es ese hombre de mirada cenagosa,
de mirada de lago calmo y pleno,
que ha sido atravesado y lleva
entre pecho y espalda
eso que llamamos
mujer.

EL PAÍS DEL DECIR

Decir, soñar, hacer
firme lo siempre incierto,
decir es siempre mentir,
es siempre afirmar,
es declarar de acero las arenas movedizas.

Decir, es la eterna tentación
del hombre de sentirse seguro,
de sentir que puede decidir algo sobre sí mismo,
sobre su pasado, sobre su presente, sobre su futuro,
cuando la verdad es
que no puede más que seguir el flujo,
flujo que siempre hace inseguros,
movedizos, cambiantes; pasado, presente y futuro.

¿Cuándo aprenderemos a vivir
sólo del instante, cuándo a navegar libremente
sobre el mar del tiempo
de esa misteriosa y terrible sucesión siempre inconexa, siempre caótica,
natural.

Cuándo a vivir de la ilusión
y sólo de ella, hija del instante,
sin pretender que se corresponda con la mal llamada realidad,
cuándo aprenderemos que los hombres no habitamos este mundo,

esta “realidad” vulgar sino
el país del decir
y que nuestra verdadera vida y alimento
está en los sueños, en la palabra sin más,
con su carácter efímero y mentiroso.
Cuándo aprenderemos a vivir sólo de
Fantasía,
sin querer someterla a la verificabilidad?



FANTASÍA

Toda puerta,
toda luz encendida,
es un misterio es un motivo para soñar,
para temer,
para cantar
y también toda puerta toda luz apagada es un motivo
para soñar,
para temer,
para cantar.
Doncellas que reposan en sus lechos,
pensativas,
solitarias,
lúbricas
bajo el abrigo del silencio,
bajo la mano sensual de la oscuridad.

Todo rostro es una promesa y es también un motivo
para soñar,
para cantar,
para temer.
Una mirada, un alma que se oculta
un misterio que provoca nuestra alma posesiva,
que echa a andar el deseo,
que enciende el placer, un motivo
para soñar,
para temer,
para cantar.

QUERIDO LOBO

La luna dirá
Que se llama *lune*
Tú le dirás
Que se llama *moon*

Anavisor de ella
Catavisora tuya
Hermanos eternos
Delirios fraternos

Luna de Penélope
Lobo de Odiseo
Ah! Todos añoramos
el hogar perdido

